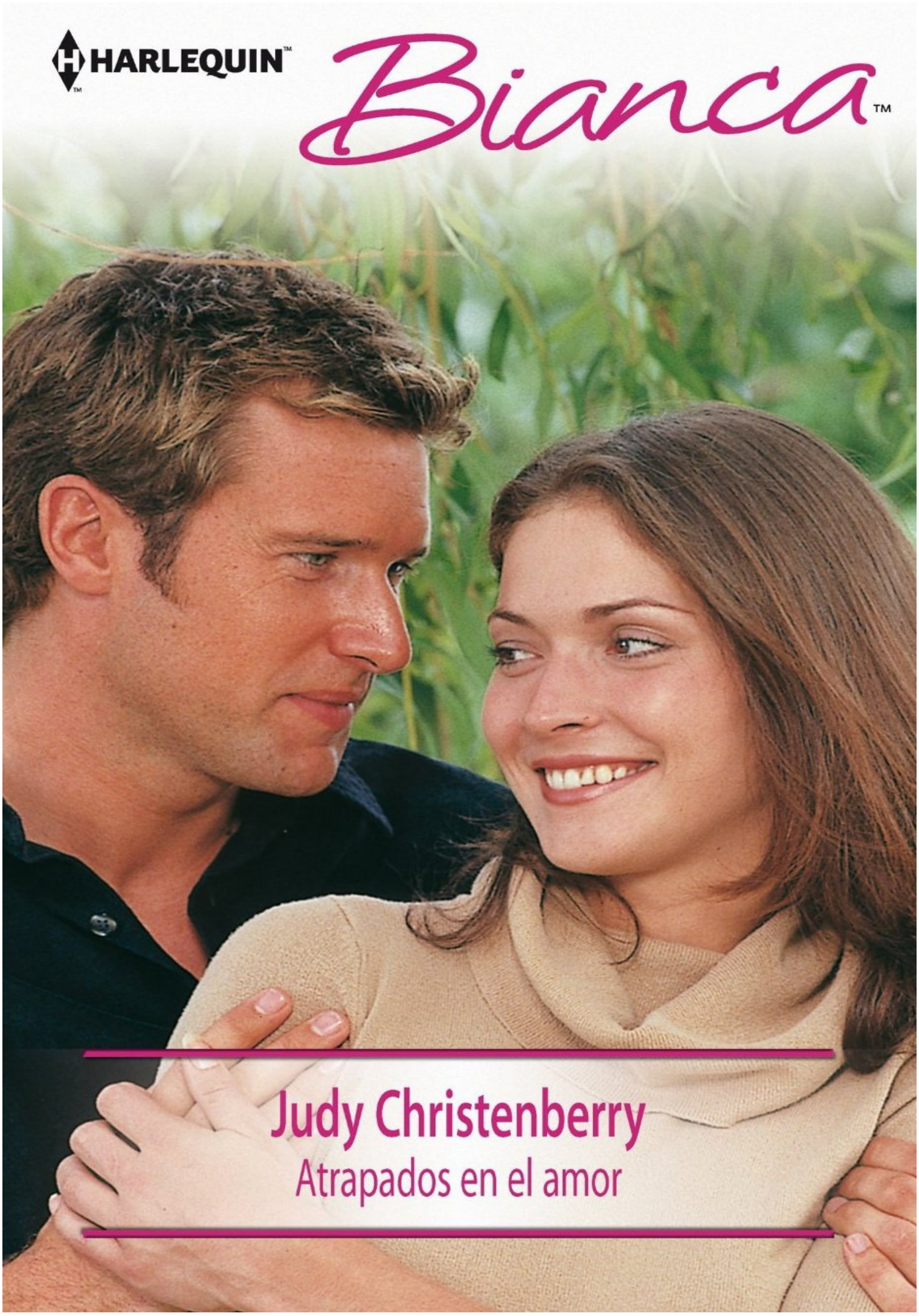
HARLEQUIN™

Bianca™



Judy Christenberry

Atrapados en el amor

Bianca™

Judy Christenberry

Atrapados en el amor

HARLEQUIN™

Argumento

Sharon había conocido al hombre de sus sueños encerrada en un ascensor... Ahora había vuelto a su vida ¡y era su nuevo cliente! Nada más oír su voz había sabido que Jack Waterton era el hombre con el que... bueno, el hombre del ascensor. Sharon llevaba semanas recordando aquellos fuertes brazos y su tierna amabilidad. Sin embargo, ahora que tenía que trabajar junto a él, no estaba segura de si Jack la recordaba o de si era consciente del maravilloso recuerdo que ella conservaba de la noche que habían pasado juntos...

Prólogo

Kane Haley se recostó en la silla pensando en la cita que tenía para comer. Antes de eso lo único que le quedaba ya por hacer era ocuparse de aquel último asunto.

Una voz al otro lado del teléfono interrumpió sus pensamientos. Hacía un rato que lo habían puesto en espera y empezaba a impacientarse.

–Lo siento, señor Haley.

–¿A qué se refiere?

–El esperma que donó ha sido retirado accidentalmente –dijo el hombre lo más rápidamente posible.

Kane se incorporó en la silla mientras asimilaba la información.

–¿Con *retirado* quiere decir que una mujer se lo ha llevado? –preguntó lentamente–, ¿que una mujer va a tener un hijo mío? ¿Quién? –preguntó casi gritando.

–No le podemos dar esa información, pero ocurrió porque la mujer trabaja para su empresa y el encargado pensó que venía a recogerlo. Sentimos las molestias.

–¿Molestias? ¡Maldita sea! Dígame el nombre de la mujer.

–No podemos hacer eso, señor Haley. Nos demandarían.

A Kane le daba igual que los demandasen. Quizás él también lo hiciese.

Había hecho la donación porque a su mejor amigo, Bill Jeffers, le habían diagnosticado cáncer. Como iba a empezar la radioterapia, quiso conservar su esperma para el futuro. Kane lo había acompañado y el asesor le sugirió que donase también por si el esperma de su amigo no servía.

Después, al enterarse de que la esposa de su amigo Bill se había quedado embarazada, había decidido pedir al banco de esperma que destruyese su donación.

Al parecer, era demasiado tarde.

–¿Cuándo ocurrió? Supongo que eso sí me lo podrán decir.

–Ha sido hace poco, pero no le puedo dar más información. Gracias.

Oyó el tono que indicaba que su interlocutor había interrumpido la comunicación. Kane colgó el auricular con fuerza. ¿Y ahora qué? ¿Qué podía hacer? Podía preguntarle a Maggie, pero no quería contarle el problema: Maggie era su eficiente ayudante, tan estricta con él como con ella misma. No podía confesarle aquel descuido. Tendría que arreglárselas él solo. Investigaría entre sus empleadas y averiguaría quién de ellas estaba embarazada.

Pero, ¿cómo iba a preguntarles quién era el padre?

No podía hacer la pregunta así como así. No, tenía que buscar una justificación para hacerla.

Llamaron a la puerta y entró Maggie.

–¿Vas a salir a comer?

–Sí, sí, pero... –dijo, y tuvo una repentina inspiración–. Quería hacerte una pregunta. ¿Hay alguna empleada que esté embarazada?

–Sí –dijo Maggie mirándolo fijamente.

–Ya. ¿Y les damos algún tipo de ayuda?

Maggie parpadeó y se puso colorada.

–Ofrecemos cobertura médica.

–Estaba pensando ofrecer algo más. Por ejemplo, instalar un jardín de infancia en el edificio. He leído un artículo sobre las ayudas que reciben las empresas que atienden las necesidades de sus empleados.

–¿De verdad?

–Sí. Así que mañana hablaré con las empleadas que están embarazadas. Necesitaré una lista.

–Muy bien.

–¿Puedes conseguirla? –preguntó. Le maravillaba la eficacia de Maggie.

–Haré lo que pueda.

Maggie dejó unos papeles sobre su mesa y salió del despacho.

Al día siguiente, Kane se enteraría quién iba a tener un niño suyo.

Capítulo Uno

Sharon Davies se acercó a los ascensores, intentando convencerse de que su vida era completamente normal, tranquila y feliz.

Tenía un buen trabajo en Kane Haley, Inc., de Chicago. Una compañía de gestión de cuentas en expansión. Le gustaba su trabajo, tenía una familia maravillosa, el sol brillaba... y aquella mañana, en casa, se había hecho la prueba del embarazo.

La puerta del ascensor se abrió pero Sharon no se movió, y alguien la empujó por detrás.

–Vamos, señorita. Tengo que hacer unas entregas.

–Lo siento –murmuró ella, y se hizo a un lado–. Suba, yo tomaré el siguiente.

El mensajero y unas cuantas personas más entraron en el ascensor. Aquel se volvió y la miró.

–Venga, que hay sitio

–¡No! No puedo –dijo Sharon dando un paso hacia atrás.

El mensajero la miró como si estuviese loca. Quizás lo estuviese. No había muchas personas cuerdas que pudiesen afirmar que se habían quedado embarazadas precisamente en aquel ascensor.

Las puertas se cerraron y Sharon se miró fijamente en los espejos que las cubrían.

Llevaba un sobrio traje de lana gris, una blusa de seda color ciruela solo con el botón superior desabrochado. La falda era estrecha pero de una longitud moderada, y los zapatos eran de tacón bajo. No trataba de llamar la atención de ningún hombre, ni lo intentaba desde hacía dos meses. Había llegado tarde al trabajo después de una horrorosa mañana en la que todo le salió mal. Sharon odiaba los ascensores, pero no por ello se había sentido tentada de subir dieciséis pisos andando; le gustaba hacer ejercicio, pero no estaba loca.

Las puertas de otro ascensor se abrieron. Sharon respiró profundamente y entró, cruzando los brazos sobre el pecho para que nadie viese cómo le temblaban las manos. Se apoyó contra la pared y cerró los ojos.

La imagen de la cara de Jack llenó su mente, pero aquel día no tuvo el efecto relajante de siempre. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero los abrió y parpadeó varias veces para secarlos. No iba a llorar.

Las puertas se abrieron en la última planta, la suya, y salió apresuradamente. Con una sonrisa en los labios saludó a sus compañeros y se dirigió a su mesa. Se sentía más segura detrás de la mesa, aunque aún nadie podía notar que estaba embarazada.

Estaba sola en el departamento, así que descolgó el auricular y llamó a la consulta de su médico. Le dieron cita para el día siguiente a las nueve de la mañana. A continuación se dirigió al despacho de su jefe. Andrew Huffman era para ella lo más parecido a una figura paterna desde que su padre se marchó de casa, dejando a sus cinco hijos. Ella era la mayor de los hermanos.

La dura lucha por salir adelante, que aún continuaba, le había enseñado, día tras día, que no se podía confiar en los hombres, al menos en algunos. Ahora, gracias al trabajo de su madre y a su propia contribución, todos sus hermanos podían ir a la universidad.

Cuando comenzó a trabajar para Kane Haley Inc., recién salida del instituto, lo hizo en el departamento de Andrew Huffman. Él la animó a aprender y a madurar, sirviéndose de la formación que le ofreció la empresa y asistiendo a clases nocturnas, para asumir cada vez más responsabilidades. Finalmente, terminó la carrera en agosto, su jefe se había alegrado tanto como ella.

Llamó a la puerta de Andy a sabiendas de que él estaría en su despacho. Le quedaba poco para jubilarse y estaba postrado en una silla de ruedas, pero tenía la utilidad de un hombre con la mitad de su edad.

–Pasa.

–Buenos días, Andy. Tengo una cita con el médico mañana por la mañana, así que no llegaré hasta las diez o diez y media. ¿Te parece bien?

–Sí, ¿te ocurre algo?

–No. Es un chequeo rutinario –dijo Sharon. Desde luego, no iba a decírselo a nadie hasta que el médico confirmase su embarazo. No estaba segura de que las pruebas caseras fuesen fiables. O quizás esperaba que el diagnóstico no se confirmase.

–De acuerdo. A lo mejor tengo buenas noticias para ti la semana que viene. Tu propio proyecto –exclamó Andy con una sonrisa.

Sharon intentó parecer entusiasmada.

–¿De verdad? ¿Me puedes dar más detalles?

–Aún no, pero sigue trabajando así.

Sharon volvió a su mesa. Andy y ella habían hablado sobre la posibilidad de que fuese responsable de un proyecto. Sin tener acabada la carrera, él no podía permitirle asumir aquella responsabilidad, pero le había prometido que tendría la oportunidad.

El día anterior aquella noticia la habría alegrado. Ahora no estaba segura de poder responsabilizarse.

Quería llamar a Jen por teléfono. Su amiga, Jennifer Martín, era la encargada del departamento de Prestaciones

Sanitarias. Había sido Jen quien le sugirió que se comprase la prueba del embarazo. Cuando a la hora de la comida Sharon se quejó de que se encontraba cansada y tenía náuseas ocasionales, Jen le dijo que le sonaba a embarazo.

Sharon y Jen se habían reído con complicidad. Esta había descubierto que estaba embarazada un mes después de que su prometido falleciera en un accidente de coche. Sharon se había tomado sus palabras muy en serio, por su parte, Jen no sabía que ignoraba el incidente del ascensor, pues era conocido solo por Jack y Sharon.

Ojalá supiese quién era Jack.

–Sí, la prueba era correcta, señorita Davies. Está embarazada de ocho semanas, aproximadamente. Su bebé se está desarrollando sin problemas –dijo el médico–. Le voy a prescribir unas vitaminas, y quiero que venga a revisión cada seis semanas hasta el sexto. Después, vendrá cada dos semanas hasta el último mes. Entonces quizás le pida que venga una vez a la semana.

La auxiliar le sonreía mientras tomaba nota.

–¿A quién anoto como padre? –preguntó.

Sharon la miró fijamente. Había estado yendo a la consulta

de la doctora Norman desde que empezara a trabajar para Kane Haley Inc. hacía ocho años. Trabajaba para la empresa y estaba en el mismo edificio, lo cual resultaba muy cómodo.

–No quiero especificar el nombre del padre –contestó Sharon con calma, cruzando las manos sobre el regazo.

–¿No sabe quién es el padre? –preguntó la doctora Norman.

–Sí, pero no quiero que aparezca su nombre en la ficha. Es mi hijo y yo me voy a hacer cargo de él.

–¡Ah! Un hombre casado –murmuró la doctora apretando los labios.

¿Lo estaría? Sharon no lo creía, pero no podía estar segura de ello.

Cuando él la estrechó entre sus brazos, acariciándola mientras hablaban y compartían los detalles más íntimos de sus vidas, le habló del accidente de coche en el que murieron su esposa y su hijo que aún no había nacido. Pero aquello había ocurrido hacía ocho años. Quizás no le había hablado de su vida actual porque se estaban acariciando de forma inapropiada.

–Señorita Davies. ¿Se encuentra bien? –preguntó la doctora.

–Sí, ¿por qué?

–No ha contestado a mi pregunta. Me preguntaba si su familia... Supongo que no tiene problemas económicos, ya que tiene un seguro médico, pero tener un hijo también es una carga emocional. ¿Va a ayudarla su familia?

–Sí.

–De todos modos, tengo que recomendarle que informe al padre, aunque ya no estén juntos. Tiene derecho a conocer su inminente paternidad.

Sharon miró al frente. Aunque quisiese contarle a Jack los resultados de su extraña aventura, todo lo que sabía de él era su nombre. Ni siquiera estaba segura de poder reconocerlo. Hasta que el ascensor se atascó, ni siquiera lo había mirado. Media hora más tarde, las luces se apagaron.

Recordaba su aroma; una maravillosa esencia masculina que le hacía pensar en el otoño y en un hombre sexy. Recordaba su voz, aquel seductor murmullo que la había excitado y le había hecho que se olvidase del peligro.

–Me gustaría que asistiese a clases de preparación al parto. Necesitará un compañero –dijo la doctora, que al ver que Sharon no decía nada, continuó hablando.

–Puede ir sin él, pero se sentirá mejor si va acompañada. Todas las demás mujeres tendrán pareja.

–Sí. ¿Cuándo empiezo?

–En el quinto mes. Le recomendaré unos libros para que se vaya orientando. Si tiene alguna duda, lo que sea, llame a la enfermera. ¿De acuerdo?

La doctora se puso de pie y le dio la receta y un papel con los títulos de los libros.

–Gracias –dijo Sharon.

Se marchó y metió los papeles en el bolso antes de que se encontrase con alguien de la oficina. No quería que se supiese nada hasta que su cuerpo cambiase tanto que ya no lo pudiese ocultar.

La consulta estaba en la planta doce, así que subió por las escaleras hasta las que ocupaba su empresa, de la catorce a la dieciséis. En la planta quince había una pequeña cafetería. Sharon se detuvo allí en vez de volver directamente a su oficina. Unas amigas le hicieron señas y ella se apresuró hacia donde estaban.

–Hola, Sharon. Siéntate con nosotras –le ofreció Maggie, que, aunque era la ayudante del señor Haley, no actuaba de manera distinta a las demás.

–Voy por un zumo primero –dijo Sharon.

–¿Ya no tomas tónica? –le preguntó Lauren Conner cuando volvió a la mesa.

–Estoy un poco resfriada y el médico me ha recomendado

que beba zumo.

–Bien hecho –dijo Maggie–. A medida que me hago mayor me voy dando cuenta de cómo todo lo que comes te afecta.

Sharon y Lauren se rieron. Las dos tenían poco más de veinte años; Maggie tenía treinta y tres, pero aún no tenía la edad que la mayoría de la gente consideraría como el principio de la cuesta abajo.

–Creo que aún te quedan algunos años, Maggie –le aseguró Sharon.

–Espero que sí, pero necesito toda mi energía para estar a la altura de Kane.

Jennifer Martin entró en la cafetería y se unió a ellas.

–Hola. Siento llegar tarde, pero el gran jefe me ha estado haciendo algunas preguntas –dijo mirando a Maggie–. ¿Tú sabes algo?

Maggie continuó comiendo sus uvas tranquilamente.

–¿Te refieres al posible jardín de infancia?

–Sí –contestó Jen.

Sharon se incorporó en la silla.

–¿Un jardín de infancia en el edificio? –preguntó. Jen y Maggie asintieron.

–¡Jen, eso sería estupendo para ti! –dijo Lauren

aplaudiendo–. Sería una gran ayuda, ¿verdad?

–Sería estupendo–asintió Jen–. Cuando me lo preguntó no me lo podía creer.

Jen estaba embarazada de siete meses, y había logrado ocultarlo hasta hacía poco.

–Aunque Kane decida seguir adelante con ello no estará listo inmediatamente, pero será muy útil para el futuro.

–Kane no había considerado la idea hasta ayer. Me dijo que había leído un artículo –le informó Maggie–. Esta mañana le di una lista de empleadas embarazadas, pero no incluí a ninguna que no haya hecho público su estado.

–Ha decidido formar un comité para estudiar la idea. Matt Holder y yo formamos parte de él; ¡una mujer embarazada de siete meses y un soltero! Ojalá que el resto de los miembros tengan experiencia con bebés –dijo Jen.

–Pues espero que Kane no forme parte de él. Está divorciado y no tiene hijos, así que tampoco tendrá experiencia –señaló Maggie.

–Resulta curioso que haya pensado en ello, ¿verdad? –comentó Sharon–. Es un jefe excelente.

–Sí –dijo Maggie con ternura.

Todas sospechaban que Maggie sentía algo por su jefe, pero ella nunca lo admitiría, y a ninguna se le pasaría por la

cabeza preguntar.

Sharon tenía mucho en lo que pensar. Terminó el zumo y se puso de pie.

–Será mejor que vuelva a la oficina. Aún no he ido, pues tenía una cita con el médico.

–¿Te encuentras mejor? –le preguntó Jen.

–Sí. Me he tomado un zumo; la doctora dijo que necesitaba más vitamina C. Hasta luego.

Sharon se marchó apresuradamente. La asustaba que se le escapasen cosas que necesitaba guardar para sí; su vida había cambiado tanto en veinticuatro horas que le resultaba difícil asimilarlo todo.

–¿Va todo bien? –le preguntó Andy en cuanto llegó a la oficina.

–Sí, perfectamente. ¿Me he perdido algo?

–No. Solo trabajo, y te hemos guardado un poco –añadió Andy sonriendo.

Sharon le devolvió la sonrisa y se dirigió a su mesa, saludando a sus compañeros por el camino. Era muy afortunada por trabajar en el departamento de Proyectos Especiales. ¡Eran todos tan alegres!

Todo era obra de Andy, que siempre tenía una sonrisa en la cara. ¿Y quién podía quejarse de nada cuando el jefe estaba

en una silla de ruedas?

La noche anterior lo había decidido: estaba embarazada y siempre había querido tener hijos, pero no tenía ningún interés por el matrimonio, así que todo estaba como ella deseaba. Aunque la doctora la había recomendado que se lo dijese al padre, no lo haría.

Él se había ido del hospital sin contactar con ella. Cuando los rescataron, los llevaron al hospital en ambulancias separadas. Después de que la reconociese el médico, y cuando le dieron el alta, Sharon preguntó por él. La enfermera le dijo que ya se había marchado. Obviamente, él había pensado que no le debía nada y no quería tener nada que ver con ella. Aquello había quedado claro.

Sharon se puso a trabajar y apartó aquellos pensamientos. Tenía siete meses para acostumbrarse a ser madre soltera; no tenía por qué dedicarse a pensar en todo ello en aquel momento. Después de comer, cuando Sharon se había vuelto a concentrar en su trabajo, sonó el teléfono. Era Andy que quería que acudiese a su despacho. A menudo la llamaba para hablar sobre el trabajo, así que no le dio mayor importancia.

Cuando abrió la puerta, vio al propio Kane Haley apoyado contra el marco de la ventana. Tanto Andy como él sonreían, por lo que no debía de haber ningún problema.

–Buenas tardes, señor Haley. Hola, Andy. ¿Necesitas algo?

–Siéntate, Sharon –dijo Andy señalando una de las sillas de delante de su mesa.

Sharon se sentó y esperó. Andy miró a Kane y asintió con la cabeza.

–Sharon, llevas trabajando aquí casi ocho años. Andy te tiene en gran estima y dice que eres su mano derecha. Creo que ha llegado el momento de hacerlo oficial.

Sharon lo miró fijamente. Le resultaba difícil descifrar a qué se refería. Se volvió hacia Andy en busca de una explicación.

–Lo que quiero decir es que has ascendido a la categoría de ayudante del director de Proyectos Especiales, con el consiguiente aumento de salario, por supuesto.

–¿Yo? ¿Me han ascendido? –exclamó Sharon.

Pensó en los gastos que iba a tener con el niño. ¡Era perfecto! Aun sin saber la cantidad exacta que suponía el ascenso, se sintió emocionada.

–¡Muchas gracias, Andy! ¡Gracias señor Haley! Prometo trabajar duro.

–Ya lo estás haciendo –dijo Andy sonriendo–. Pero tampoco te excedas, no sea que me hagas pensar que vas detrás de mi puesto –añadió riendo.

–Me alegro de haber venido a darte la noticia, Sharon –dijo

Kane–. Resulta alentador tener empleados satisfechos –añadió extendiendo la mano.

Sharon se puso de pie y se la estrechó.

Cuando se daba la vuelta para marcharse, Kane se detuvo.

–Por cierto, Andy. ¿Hay alguna mujer embarazada en tu departamento?

Capítulo Dos

Sharon se volvió a sentar bruscamente en la silla de la que se había levantado.

–Es que me tiemblan las rodillas de la emoción –dijo apresuradamente como explicación a su reacción.

–Bien –dijo Kane, asintiendo –. Me gusta tu entusiasmo –añadió, y volvió a mirar a Andy–. ¿Y bien?

–No que yo sepa –contestó Andy sorprendido–. Michelle está de baja por maternidad. Dio a luz hace unas seis semanas. ¿Cuándo se reincorpora, Sharon?

–El lunes que viene –contestó ella.

–Sí, lo se –dijo Kane–. Pero he pensado que a lo mejor algunas mujeres ocultan su embarazo durante algún tiempo, pero cuantas más mujeres embarazadas haya, mejor, porque así obtendríamos más beneficios del jardín de infancia. ¿Por qué lo mantienen en secreto?

Sharon parpadeó y se encogió en la silla. No quería participar en aquella conversación.

–Me imagino que las asusta que pueda afectar a su trabajo –dijo Andy frunciendo el ceño.

–¿De verdad? No castigo a mis empleadas por eso. ¿Tú qué

piensas, Sharon?

–¿Yo? No, no creo que en esta empresa se castigue a las mujeres por tener hijos.

–Entonces, si eso no las asusta, ¿por qué lo ocultan?

Sharon sabía por qué lo ocultaba ella. No quería contarle a nadie lo que había sucedido, pues era soltera, y eso provocaría muchas preguntas. De todos modos, dentro de poco tendría que revelar su secreto.

La situación de Jen también era incómoda, ya que no estaba casada.

Kane y Andy la miraban fijamente.

–Quizás algunas mujeres no tengan marido, lo que lo hace más difícil –dijo ella.

–Sí –concedió Kane–. Pero, ¿y si una mujer quisiese quedarse embarazada y acudiese, por ejemplo, a un banco de esperma? ¿Ocultaría su embarazo?

A Sharon le pareció que la mirada de Kane se hacía más intensa. ¿Qué estaba pasando?

–No lo sé –murmuró.

Kane suspiró.

–No, yo tampoco. Si te enteras de algún embarazo, házmelo saber, ¿de acuerdo? –añadió mirando a Andy.

–Por supuesto –dijo Andy. Sharon y él permanecieron sentados mientras Kane salía del despacho.

Después se miraron.

–¡Qué extraño! –comentó Andy.

–Sí –contestó ella, aún tensa.

–Aquí están los documentos de tu ascenso. Repásalos y hablaremos sobre ello más tarde.

Sharon se puso de pie y tomó los documentos.

–Gracias de nuevo, Andy.

–No hay nada que agradecer. Te lo has ganado.

Sharon se dirigió hacia la puerta; aún se sentía nerviosa por todo lo ocurrido.

–Por cierto, mañana deja todo lo que estés haciendo. El proyecto se te asigna mañana en vez de la semana que viene. No hay tiempo que perder.

Sharon cerró la puerta tras de sí y respiró profundamente. Su vida parecía estar cambiando a pasos agigantados: era responsable de un proyecto, la habían ascendido... y estaba embarazada.

¿Qué más podía ocurrir?

Aquella noche soñó con Jack. No era la primera vez. Después de la traumática experiencia de quedarse atrapada en

el ascensor y de que él la ayudase a mantener en orden su mente, aunque no su cuerpo, no era de extrañar.

De hecho, le gustaban aquellos sueños. También pensaba en él cada vez que tomaba el ascensor. Las horas que había pasado con Jack habían cambiado su vida en muchos aspectos, no solo en el embarazo. Había intimado con él por la ternura y la fuerza que le había inspirado. Hacía mucho tiempo que no dejaba que un hombre se acercarse a ella. En una ocasión lo hizo, pero él la abandonó de la misma forma en que lo hizo su padre, y aquello reforzó la opinión que tenía de los hombres. Aunque Jack se marchó cuando más lo necesitaba, en el ascensor estuvo junto a ella ayudándola y protegiéndola, así que en sus sueños sentía cómo él la abrazaba.

Pero ahora que llevaba su hijo en las entrañas y se preguntaba qué pensaría él de ello, aquellos sueños habían empezado a inquietarla. Tenía que apartarlo de su mente y de su vida.

Al día siguiente, aguardando al ascensor, la imagen de Jack no acudió a su mente. Sintió que podía subir al ascensor sin su protección. Cuando por fin entró en él, estaba lleno. Intentó mantenerse cerca de las puertas, pero la multitud la empujó hacia el fondo. Trató de tranquilizarse, pero cuando llegó a su planta tenía la respiración acelerada y sudaba.

–Déjenme salir, por favor –suplicó Sharon, preguntándose

por qué la gente tardaba tanto en moverse.

Cuando finalmente salió, se sentía exhausta; se apoyó en la pared y respiró hondo.

–¿Estás bien, Sharon? –le preguntó Maggie.

Sharon se volvió y la miró fijamente.

–Sí, solo que no me gustan los ascensores.

–No me extraña, después de haberte quedado atrapada en uno. Kane hizo que lo revisasen después de aquello. Te prometo que no volverá a pasar –dijo Maggie sonriendo y abrazando a Sharon–. Tómate un café.

–No, hoy me asignan el proyecto. Llevo mucho tiempo esperando este día.

–¡Ah, sí! John Waterton es un cliente muy importante. Enhorabuena.

Sonriendo, Maggie se marchó.

Ahora que sabía quién era el cliente, empezaron a temblarle las piernas de nuevo. Todos los empleados conocían la cuenta Waterton.

Seis meses atrás, Kane Haley había trabajado con ellos en un pequeño proyecto, y los resultados habían sido tan buenos que Waterton había vuelto a recurrir a Kane Haley Inc. Sharon había oído rumores de que aquel nuevo proyecto sería muy importante.

Y ella iba a ser la responsable. La emoción se apoderó de ella y se dirigió con rapidez a su mesa. Si Maggie tenía razón, su proyecto iba a ser muy importante para toda la empresa. Trabajaría codo con codo con el miembro de la dirección que lo supervisase para elaborar el presupuesto, supervisar los gastos y realizar los pagos de los fondos.

Intentó tranquilizarse; quería hablar con coherencia, no parecer una idiota.

Cuando Andy la llamó, había conseguido recuperar una calma profesional que le permitiría dar lo mejor de sí misma. Entró en su despacho con una sonrisa en los labios.

–Hola, Andy.

–Pasa. Te voy a llevar al despacho de Kane dentro de un momento, pero antes quiero darte los antecedentes.

Sharon acercó una silla a la mesa; estaba ansiosa por conocer los detalles.

Andy parecía haber trabajado bastante en el presupuesto y había preparado los libros de cuentas.

–Kane quería que yo me encargase de esto, pero creo que tú lo harás mejor. Por supuesto, he hecho el trabajo preliminar, pero tú podrás ir a la obra para verificar las cosas, está al otro lado de la calle.

–¿No tiene el señor Waterton un capataz que se encargue

de esas cosas? –preguntó Sharon.

–La última vez nos utilizó a nosotros porque tenía dos proyectos en marcha al mismo tiempo. Ahora tiene varios, en los que está trabajando su encargado. Además, precisamente quiere hacerte algunas preguntas sobre cosas que ha hecho el encargado. Este proyecto es muy importante para él, Sharon.

Sharon se daba cuenta de ello. Si Waterton no se fiaba de su encargado, era normal que no lo quisiese en el proyecto, pero ¿por qué no lo despedía?

Andy le indicó que era hora de ir a la oficina de Kane y ella salió con él. Cuando llegaron al despacho de Maggie esta les dijo que Kane aún no podía recibirlos, y les pidió que esperasen un poco. Sharon se sentó en el sofá que había cerca de su mesa y Andy acercó la silla de ruedas a su lado.

–¿Estás nerviosa? –le preguntó Andy.

–Aún no. Siento que estoy preparada para este trabajo; además, si surge algún problema podré acudir a ti. ¿verdad?

Andy se rio.

–Claro que sí, y Waterton es una persona con la que se trabaja bien. Me gusta.

Unas carcajadas los interrumpieron. Ambos miraron hacía la puerta cerrada.

–A Kane le gusta –dijo Maggie con una sonrisa–. Creo que

se están haciendo buenos amigos.

Sharon sonrió de forma automática, pero enseguida frunció el ceño al percibir algo en las voces, apenas audible.

–¿Cómo dijiste que se llamaba el señor Waterton, Maggie? –preguntó Sharon.

–John –respondió Andy en su lugar–. Ya te lo dije.

–Sí, de acuerdo –dijo Sharon, aún preocupada.

–Pero suele decirle a la gente que lo llamen... –empezó a decir Maggie, cuando la puerta se abrió.

–¡Hombre, ya estáis aquí! –exclamó Kane, obviamente complacido–. Andrew Huffman, Sharon Davies, os presento a Jack Waterton.

Jack. El hombre de sus sueños. El padre de su bebé. Menos mal que estaba sentada.

A Jack le gustaba hacer negocios con Kane Haley. Había hablado con Andrew Huffman por teléfono y le había gustado la forma en que este enfrentaba las cosas. Querían que trabajase con una mujer, pero aquello no suponía ningún problema para él.

Se adelantó y le dio la mano a Andrew. Después se volvió para saludar a la mujer. Era muy atractiva. Tenía el pelo liso,

color castaño claro, le caía por los hombros, coronando su esbelta figura enfundada en un traje de corte clásico.

Él sonrió y le ofreció la mano. Entonces vio sus ojos.

Eran de color verde pálido, un color nada usual. Un color que había visto en sus sueños porque eran los ojos de la misteriosa Sharon. La que había desaparecido después de quedarse atrapados en el ascensor.

Ella se puso de pie, le dio la mano de forma enérgica y dio un paso hacia atrás, como si no quisiese tocarlo.

–Encantada señor Waterton –dijo Sharon fríamente.

–Llámeme Jack, señorita Davies –contestó él amablemente. Kane le dio unas palmadas en la espalda.

–Claro que sí, y tú la puedes llamar Sharon. No somos nada formalistas.

–¿Sharon? –repitió Jack.

La mujer del ascensor llevaba el pelo recogido en un moño. ¿Sería la misma mujer?

–Entremos al despacho. Jack tiene unos problemas de los que quiere que hablemos antes de que Sharon y él comiencen con los detalles del proyecto –los invitó Kane haciéndolos pasar a todos.

Jack miró a la mujer mientras pasaba a su lado, fría como el hielo, sin mirarlo. No podía ser ella. Habría dicho algo...

aunque quizás no. Después de todo, lo que ocurrió fue extraordinario y personal. Muy personal; tanto que no había podido olvidarlo.

Él salía de vez en cuando con mujeres. Se trataba de aventuras. Ellas sabían qué tipo de relación era la que él quería: ya había estado casado una vez y no volvería a hacerlo.

Cuando el incidente del ascensor, él había intentado ayudar a Sharon, que estaba asustada; no tuvo otra intención pues ya no perdía el control con las mujeres. Sin embargo, en aquella ocasión lo perdió, y después ella desapareció. ¿Habría sido una trampa? ¿Sabía ella quién era él? Quizás no fuese tan inocente como había pensado; quizás sabía que el ascensor funcionaba mal, y no sería la primera vez que una mujer había utilizado unas circunstancias inesperadas para atrapar a un hombre.

–Jack –dijo Kane –.¿Estás listo?

–Sí, claro –contestó siguiéndolos al despacho.

Kane le había dicho que la mujer llevaba ocho años trabajando para él. Si había empezado al terminar la universidad, eso significaba que tenía unos treinta años. Pero no parecía ser una mujer experimentada. De hecho, en el ascensor, pensó que la mujer debía tener unos veinte años, lo que lo hacía sentirse culpable pues él tenía treinta y cinco.

Cuando se sentó frente a ella volvió a mirarla; no podía

tener treinta años. Su piel era fresca, sedosa y cálida bajo su tacto recordó. Sus labios también eran cálidos, lascivos, y florecieron al contacto con los suyos. En cuanto a su cuerpo... Jack se sacudió. Si seguía con aquellos pensamientos tendría que disculparse y salir del despacho.

En sus sueños le hacía el amor en una cama mullida, disfrutando el uno del otro, y volviendo a amarse una y otra vez...

–Señor Waterton –dijo ella con frialdad.

–Llámame Jack, por favor –dijo él automáticamente.

–Si le incomoda trabajar con una mujer, hay varios hombres en el departamento que podrían...

Antes de que pudiese terminar, Kane y Huffman la interrumpieron.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Huffman.

–¿Te estás echando atrás, Sharon? –quiso saber Kane.

–No, pero creo que el señor Waterton, sí.

Creía que podía leer su mente, pero estaba equivocada, porque si así fuese, estaría roja de vergüenza.

–Discúlpame, Sharon. Me he distraído un momento. No tengo ningún inconveniente en trabajar contigo, y mis hombres sabrán comportarse cuando visites las obras.

–¿Cómo? –preguntó ella con una frialdad aún mayor.

–¿Hago mal al apreciar lo bella que eres? –dijo Jack–. No te preocupes, mis hombres no nos pondrán en evidencia a ninguno de los dos –añadió y se aclaró la garganta–. ¿Comenzamos? –preguntó mientras recogía los documentos que Huffman había preparado.

Se fijó en que Sharon tomaba notas mientras él hablaba. Andy hizo varias sugerencias y ella rectificó una de ellas, mejorándola. No la asustaba exponer sus ideas.

Sharon haría un buen trabajo... si no lo volvía loco.

Cuando terminaron la reunión Kane les deseo suerte y los acompañó hasta la puerta.

Jack se dirigió a Sharon y Andy.

–Os invito a un café. Tengo la garganta seca.

–Buena idea –dijo Andy.

No era él con quien quería hablar. Miró a Sharon para ver si ella estaba de acuerdo.

–Yo tengo que volver al despacho, id vosotros –contestó Sharon sonriendo a su jefe.

–Tonterías –le dijo Andy–. Es importante que conozcas a tu cliente. Vamos los dos.

Jack se sintió impresionado por la rapidez con la que ella recobró la compostura, pero percibió la mirada de frustración y desgana en aquellos maravillosos ojos.

–Por supuesto. Os veré en la cafetería, voy a dejar los documentos en mi mesa –accedió Sharon.

Y sin esperar una respuesta, salió del despacho.

Jack y Andy se encaminaron hacia el ascensor.

–Me alegro de que tengamos un momento a solas –dijo Andy mientras entraban en el ascensor.

–¿Por qué?

–Me dejaste preocupado con tu comentario sobre su belleza. ¿No tendremos problemas, verdad? Me refiero a que estarás al tanto sobre las leyes contra el acoso sexual.

Jack lo miró con una sonrisa.

–No te preocupes. Es que me ha impresionado. Es muy guapa. Pero tendré cuidado. No tienes que preocuparte por tu niña.

Andy se rio.

–Supongo que he sido bastante claro. Ha trabajado para mí desde que salió del instituto y quiero protegerla –le comentó.

–Creía que era licenciada –dijo Jack. Aunque fuese guapa y apareciese en sus sueños, necesitaba que tuviese el nivel profesional adecuado.

–Es licenciada. Sacó la licenciatura estudiando por las noches mientras trabajaba aquí. Tiene la formación y la experiencia, Jack. Es mi mejor empleada.

Jack asintió.

–Con una recomendación así, no puedo equivocarme.

Andy asintió satisfecho mientras Jack sostenía la puerta de la cafetería para facilitarle la entrada.

–Por cierto, me ha impresionado el trabajo preparatorio que has hecho. Si las cosas salen como yo creo, quizás os encargue la gestión de toda mi contabilidad.

–¿Has confirmado tus sospechas? –preguntó Andy.

–Aún no, pero, desgraciadamente, creo que se confirmarán. Supongo que la tentación fue demasiado fuerte para Roger. Le pago un buen sueldo, pero él quería más. Estoy seguro de que está falsificando las cifras, pero aún no puedo demostrarlo.

–Siento oír eso.

–Sí. ¿Nos sentamos aquí? Hay sitio para tu silla en esta mesa. Voy por el café.

Volvió con dos tazas; cuando se dirigía por la tercera apareció Sharon. Jack se sorprendió al notar que su corazón se aceleraba, pero pensó que aquello solo se debía a los sueños, nada más.

–Siéntate, Sharon. Voy por tu taza de café.

–No, gracias. Yo tomaré un zumo –dijo ella, y mientras él se volvía para buscar los zumos, continuó hablando–. Yo iré por

él. Vosotros tomaos el café antes de que se enfríe.

Sharon se alejó antes de que él pudiese reaccionar.

–¿Siempre es así de independiente?

–Sí.

Sharon tardó en volver con el zumo. Cuando se sentó, avisaron a Andy por los altavoces de que tenía una llamada importante.

Jack vio cómo los ojos de Sharon se abrían de par en par con aprehensión, de manera que no le extrañó que se ofreciese para atender la llamada de su jefe.

–No. Ya voy yo. Vosotros id conociéndoos.

Andy se dirigió hacia la puerta de la cafetería y Sharon lo miró como si acabase de perder a su mejor amigo.

Jack esperó a que ella volviese sus ojos hacia él. Cuando lo hizo, fue directo al grano, antes de que ella pudiese salir corriendo.

–Tenemos que hablar –le dijo sujetándola del brazo.

Capítulo Tres

Sharon no estuvo segura de que la había reconocido hasta que la tocó y le pidió que hablasen.

Pero en el intervalo transcurrido entre que fue a la oficina y volvió a la cafetería, había preparado una respuesta, para el caso de que la hubiese reconocido.

–No tenemos nada de qué hablar. Vamos a trabajar juntos, eso es todo.

Había estado repitiéndose aquellas palabras mientras bajaba por las escaleras. No eran un modelo de educación, pero él lo entendería.

–Sharon, no sabía dónde encontrarte –le dijo Jack.

Como si le importase.

–El hospital habría sido un buen sitio para empezar a buscar.

No le iba a permitir pensar ni por un momento que se creía que la preocupación en su voz era sincera.

–Si esperabas que te buscara, ¿por qué te fuiste sin hacerlo tú?

–Porque la enfermera me dijo que ya te habías ido.

–A mí me dijeron lo mismo de ti –dijo él, acariciándole la muñeca con el dedo en pequeños círculos.

Ella apartó bruscamente su brazo.

–Estuve allí tres horas; tenía un corte en el brazo que necesitaba unos puntos, pero estaban todos muy ocupados –le dijo en tono recriminatorio.

Que pensara en ello.

Estaba segura de que lo más que había sufrido él fueron unos cardenales.

–¿Te cortaste? –preguntó él preocupado.

–¡Basta! –exclamó ella más alto de lo que pretendía haciendo que varias personas se volviesen a mirarlos.

Si Kane Haley se enteraba de que había disgustado a su mejor cliente, la despediría inmediatamente.

–Por favor, necesito conservar mi trabajo. Si podemos mantener la relación en un nivel profesional, te prometo que haré el trabajo como deseas.

–¿Piensas que haría que te despidiesen? No seas ridícula. Yo nunca haría...

–Si el señor Haley pensara que estás disgustado...

–Vamos, no es ningún tirano, es un hombre muy razonable.

Sharon cerró los ojos por un momento. Por supuesto, pero ella sabía la importancia que tenía aquel negocio.

Hizo acopio de valor y lo miró.

–Haré un buen trabajo. Si me das veinticuatro horas, tendré todos los ajustes preparados. ¿Te lo llevo a tu oficina mañana? –dijo Sharon, rezando para que Jack no cambiase de tema.

Después de mirarla fijamente, él suspiró.

–Yo pasaré por tu oficina. O también podemos almorzar y hablar del trabajo.

–No, gracias, trabajo mejor en la oficina –dijo Sharon poniéndose de pie–. Te puedes pasar después de la comida.

–Sí, señorita. ¿Te marchas antes de que Andy vuelva?

–Las conversaciones telefónicas de Andy nunca son cortas, señor Waterton. Le haré saber que nuestro descanso ha terminado.

–Jack –dijo él–. Lo menos que puedes hacer es llamarme Jack.

–Por supuesto, señor... Jack. Hasta mañana.

Sharon salió de la cafetería y se apoyó contra la pared en cuanto estuvo fuera su vista.

Jack se quedó pensando en qué iba a hacer ahora. Había querido disculparse, pero no por hacerle el amor. Ni hablar. No se arrepentía de ello. Aquel momento había sido la experiencia más dulce que había tenido en su vida. Probablemente a causa de la adrenalina que el peligro había activado, pero él, fuese cómo fuese, no había podido olvidarlo.

Su hermana lo había recogido en el hospital y lo había llevado a su avión particular porque tenía que ir a Florida. Aquella noche sus padres los habían invitado a ellos dos y al marido de su hermana a visitarlos para hablar sobre varias inversiones que habían hecho sobre el nuevo testamento que habían redactado.

Jack no quería ir, pero su hermana lo convenció de que tenía que hacerlo. Ella tenía más fe que él en el amor de sus padres por ellos, pues Jack no creía que unos padres que amaban a sus hijos pudiesen dejarlos constantemente al cuidado de las niñeras.

En cualquier caso, él se había abierto camino en la vida por él mismo. Era el único dueño de John Waterton Development Company, y la empresa estaba en buena situación. No quería el dinero de sus padres.

Tras aquellas dos semanas en Florida, Jack estuvo de pesca con unos amigos de la universidad.

En el barco se había relajado, y había pensado en Sharon mientras las olas lo mecían.

Sí, tal y como a él le pareció en el ascensor, ella era una chica inocente abrumada por el pánico, se había aprovechado de ella. Había pensado llamar al hospital para pedirles su dirección, pero después decidió hacerlo él mismo cuando volviese.

Después surgió aquel proyecto, que lo había absorbido por completo. Por las noches, cuando se metía en la cama, pensaba en Sharon; pensaba en ella, soñaba con ella, la deseaba.

Por las mañanas volvía al mundo real. También estaba el tema de Roger. Se había sentido dolido y furioso por su traición, pues llevaban más de diez años trabajando juntos y creía que eran amigos.

Finalmente, resultaba que ella iba a ser su contable. Todo parecía una coincidencia: que una mujer preciosa fuese contable, que esa mujer preciosa fuese su contable, que se tratase de aquella a la que le había hecho el amor en un ascensor.

–¿Dónde está Sharon? –le preguntó Andy, sobresaltándolo.

Jack levantó la vista y lo vio de nuevo frente a la mesa.

–Hola, Andy. ¿Quieres otro café?

–No, gracias. ¿Va todo bien?

Jack no pudo evitar sonreír.

–No te preocupes. No la he espantado, no creo que eso fuese posible. Se ha comprometido a tener todos los cambios listos para mañana por la tarde y se ofreció a pasarse por mi oficina, pero voy a estar fuera, así que os veré aquí. ¿De acuerdo?

–Te dije que era buena. Incluso creo que trabaja demasiado.

–¿Quieres decir que no llega tarde cuando ha tenido una cita la noche anterior? –preguntó Jack esperando sonsacarle información a Andy, ya que de ella no había conseguido nada.

–No.

–¿Y si se casa? ¿Continuará trabajando?

Andy enarcó una ceja y lo miró.

–No creo que esté comprometida con nadie por el momento, así que no tienes por qué preocuparte.

–Bien.

–¿Tú estás casado?

Jack miró a Andy sorprendido.

–No. No lo estoy.

–Bien –dijo Andy con aquella serena sonrisa que empezaba

a irritar a Jack–. Quiero recibir tanta información como la que doy.

–Lo siento. Es que ella no estaba muy interesada en una charla informal. Me preocupa que sea tan introvertida.

–Sharon no hace amigos fácilmente, pero en cuanto confía en alguien es una amiga para toda la vida –dijo Andy apartando la silla de la mesa–. Y ahora será mejor que vuelva al despacho. Infórmame si tienes algún problema con el proyecto.

–Lo haré. Gracias, Andy –contestó Jack dándole la mano.

Después salió con él de la cafetería.

A Sharon la irritaba hacerlo, pero al día siguiente cuidó su aspecto más de lo que era habitual en ella.

–No es más que un miserable. ¿Qué te ocurre? –le preguntó Sharon a su imagen en el espejo–. Lo que hizo fue tomar lo que quería y desaparecer. No merece la pena darle más vueltas.

Se colocó bien la falda y se miró en el espejo para ver a qué altura de la pierna quedaba la abertura.

Su cuerpo no seguía el mismo camino que sus pensamientos.

Sus sueños de la noche anterior habían sido más

espectaculares que nunca. Cuando se despertó se sintió alarmada: en el sueño había estado cariñosa y receptiva, deseosa de que la tocara.

–¡Idiota! –se enfadó consigo misma, y suspiró.

No tenía por qué preocuparse. Él no quería nada con ella, de lo contrario, la habría encontrado. Aquello había ocurrido hacía ya dos meses. Ahora lo que tenía que tener en mente era que la relación era solo profesional.

En la oficina estuvo centrada en el trabajo. A las diez de la mañana ya tenía los documentos en orden y preparados para presentárselos.

Mientras recogía su escritorio, decidió descansar para tomarse un zumo. Había leído las instrucciones que le entregó la doctora y solo podía tomar una taza de café al día.

Quizás se estaba excediendo, pero en casa había empezado a tomar té, y en la oficina zumo y mucha agua. Notaba que algunos trajes le resultaban incómodos pues le apretaban la cintura.

Volvió a pensar en Jen, embarazada de siete meses y que había conseguido ocultarlo hasta el quinto mes. Tenía que pedirle consejo, pero aquello significaba explicarle su situación y aún no estaba preparada.

Miró los documentos que había colocado cuidadosamente sobre su mesa. ¿Cuánto duraría el proyecto? Porque no quería

que Jack supiese nada sobre el niño. En aquello no había cambiado de opinión.

Cuando llegó a la cafetería sus amigas ya estaban allí.

Julia Parker se unió a Maggie, Lauren y Jen. Todas habían empezado a trabajar allí más o menos al mismo tiempo y habían formado un pequeño grupo.

–¿Llego tarde? –preguntó Sharon mientras se sentaba.

–Claro que no –le aseguró Maggie–. Les estaba hablando de tu buena suerte. Lo siento, debería haber esperado a que se lo dijeses tú, pero es que me estaban preguntando quién era el guapetón de ayer.

–¿El guapetón? –preguntó Sharon mirándolas perpleja

–Vamos Sharon. El de ayer por la mañana en la cafetería. Era alto, moreno, con el cuerpo musculoso y unos maravillosos ojos azules –dijo Julia.

–¡Te fijaste bien! –dijo Sharon intentando sonreír–. ¿Tienes también su número de la seguridad social?

Todas se rieron.

–Ya os habrá contado Maggie que se llama Jack Waterton –continuó Sharon–. Estábamos hablando de negocios. No conozco más detalles.

–¡Chica! Vas a quedarte soltera si no empiezas a fijarte –le dijo Lauren–. Todas pensamos que merecía la pena.

–Pues podréis hacerlo esta tarde; va a venir después de comer –dijo Sharon, que no había podido pensar en otra cosa en toda la mañana.

–¿Por eso llevas un traje nuevo? –preguntó Jen sonriendo.

–¡No es nuevo! –se apresuró a decir Sharon–. Me lo compré hace dos años, pero adelgacé y no me quedaba bien. Desgraciadamente he vuelto a ganar peso. Quizás sea por los zumos –terminó, mostrando su vaso de zumo de naranja.

–A mí me parece que estás bien –comentó Maggie sonriendo cariñosamente–. ¿Te has recuperado del resfriado?

–¿Estás resfriada? –preguntó Julia frunciendo el ceño–. No te lo he notado. ¿Cuánto tiempo llevas así?

–Solo un par de días, pero ya se me está pasando.

–Bien. Así cuando el señor Waterton te invite a cenar no podrás rechazarlo –dijo Jen.

Sharon la miró fijamente, sorprendida. No sabía qué decir.

–No dirás que no se sentía atraído por ti –dijo Lauren–. Vi cómo te sujetaba el brazo.

–Es de esas personas que tienen la costumbre de tocar. Ya sabes, de los que te abrazan en cuanto te han visto una vez, pero ya le expliqué que yo no soy así –dijo Sharon, que intentó tomar aire sin que nadie se diese cuenta. Aquel descanso no estaba siendo relajante.

–¿Lo molestó? –preguntó Julia–. Dudo que reciba esa respuesta de la mayoría de las mujeres.

Sharon miró a Julia pero no dijo nada. Desde luego, la afirmación de su amiga era cierta: su respuesta en el ascensor no había sido negativa sino que había encontrado refugio y protección en sus brazos.

–Ya basta de bromas –dijo Maggie–. Sharon sabe mejor que nadie cómo mantener una relación profesional con ese hombre. Va a trabajar con él y es muy importante que las cosas salgan bien.

–Nosotras no vamos a trabajar con él –señaló Julia.

Maggie negó con la cabeza e hizo un gesto de impaciencia con los ojos.

–Pues entonces ve por él. Yo no voy a detenerte.

–De eso nada. En estos momentos paso de los hombres.

–¿Y quién no? –murmuró Sharon y bebió su zumo.

Intentó acallar la punzada de dolor en su corazón. ¡Ella no quería nada con él! Mala suerte que Julia tampoco quisiese: era una mujer guapa, alta, con clase y muy divertida.

Sería perfecta para Jack.

Sharon tenía que cambiar de tema.

–¿Sabéis algo sobre el jardín de infancia? Tengo que comentárselo a Michelle por teléfono antes de que vuelva el

lunes, y no quiero darle esperanzas si al final no va a seguir adelante.

–¿Va a volver pronto? ¿Cómo está su bebé? –preguntó Jen.

–Kane no ha cambiado de opinión, de hecho le está dedicando más tiempo a eso que a cualquier otra cosa –contestó Maggie.

–Es adorable –añadió Lauren, y todas la miraron–. No quiero decir que... bueno, sí. Vino a mi departamento y me preguntó sobre embarazos recientes. Se notaba que sentía vergüenza, y la mitad de las mujeres del departamento pensaron que no les importaría quedarse embarazadas si él era el padre –continuó riéndose–. Afortunadamente, ninguna se lo dijo.

–¡Pero si yo le di una lista...! –dijo Maggie con una mirada inquisitiva.

–Sí, pero le dijo a Andy que creía que algunas mujeres no divulgaban su embarazo enseguida –dijo Sharon. Ella era quien había escogido aquel tema, pero no se sentía mucho más a gusto que antes.

Las demás miraron a Jen.

–¿Crees que lo dijo por ti? –le pregunto Lauren.

–Quizás, pero yo tenía una buena razón.

–Dijo que quería saber todos los embarazos que había

porque la decisión de seguir con el jardín de infancia dependía de su número –añadió Sharon.

–Bueno, como formo parte del comité, lo entiendo, pero también se está teniendo en cuenta a las mujeres con hijos menores de seis años. Así que no se trata solo de las embarazadas.

–¿Visteis aquella película de la que os hablé el fin de semana pasado? –preguntó Julia de repente–. La protagonista era una mujer embarazada. Fue muy buena.

Cambiaron el tema de conversación al cine, y Sharon suspiró aliviada.

Jack no podía creerse lo nervioso que estaba porque iba a ver a Sharon aquella tarde. Casi no había comido, y él normalmente tenía buen apetito.

Por supuesto, parte de la culpa era de Roger. Había comido con él, ya que se acababa de enterar de que había contratado a Haley para el nuevo proyecto. Jack le había dado todo tipo de explicaciones, pero tenía la sensación de que Roger no se había quedado satisfecho.

Habría preferido comer con Sharon.

Se colocó bien la corbata y en la planta dieciséis se bajó del

ascensor. A veces no llevaba corbata, sobre todo cuando pasaba la mayor parte del día en las obras, pero quería ofrecer a Sharon su mejor aspecto para ayudarla a centrarse en el trabajo, como ella quería.

También era eso lo que él quería, pensó, pero inmediatamente se rio ante lo descarado de aquella mentira.

Cuando llegó a la mesa de Sharon, pudo mirarla sin que se diese cuenta debido a la mujer que estaba sentada en una esquina del escritorio hablando con ella.

Estaba maravillosa. Llevaba un traje verde oscuro que contrastaba con los reflejos de color rojo y dorado de su pelo.

–Perdón –dijo él en voz baja antes de quedar demasiado atrapado por su atractivo.

Sharon se sobresaltó.

–No pretendía asustarte, Sharon. ¿Espero en el pasillo...?

Y se volvió hacia él.

Jack le sonrió, pero Sharon frunció el ceño.

–¿Ocurre algo? –preguntó.

–No, claro que no –le aseguró él–. ¿Cierro la puerta?

Por un instante su mirada reflejó pánico.

Después sonrió brevemente.

–No hace falta. No nos interrumpirán.

«Así que no se fía» pensó él.

No les llevó mucho tiempo repasar la planificación. Sharon había hecho un buen trabajo.

Jack se dio cuenta de que si, en algún momento, él rozaba su brazo o se inclinaba hacia ella para comprobar algo, ella se apartaba, aunque no lo hacía de manera descarada. Alguien que lo viese desde fuera no se daría cuenta.

¿Significaba aquello que no estaba tan tranquila como pretendía aparentar? En el ascensor no lo había estado. Ya estaba tensa incluso antes de que se detuviese.

–Jack, ¿tienes alguna pregunta al respecto?

Él la miró sobresaltado.

–No. Has hecho un trabajo estupendo.

–Gracias –murmuró ella, y comenzó a recoger los papeles, dando la conversación por finalizada.

–Solo una cosa más.

–¿El qué? –preguntó ella poniéndose tensa.

–Quisiera mostrarte las obras hoy. Tendrás que ir a menudo y quiero que te sientas a gusto.

–Creo que eso puede esperar.

–No, no puede esperar.

Jack vio la expresión de lucha en su cara. Luego su actitud

profesional volvió a imponerse.

–Por supuesto, señor Waterton. Dejaré estos documentos en mi mesa y se lo diré a Andy.

–Bien. Pero tienes que llamarme Jack.

Su sonrisa no pareció tener ningún efecto sobre ella.

–Me parece excesivo llamarte Jack cuando tienes la sartén por el mango –dijo ella, y salió de la sala.

Él se apresuró a seguirla. Sus palabras quizás habían parecido una orden más que una invitación, pero el jefe era él. Al menos por el momento.

Cuando estuvo lista, se dirigieron a los ascensores. Cuando pulsó el botón y se volvió para hacerle un comentario cortés, se dio cuenta de que había un problema.

La cara de Sharon se puso pálida mientras se abrían las puertas del ascensor. Antes de poder llegar hasta ella para sujetarla se dio cuenta de que era el mismo ascensor en el que habían estado atrapados tantas horas.

Al momento tuvo que sacar rápidamente su pañuelo pues Sharon había empezado a vomitar.

–¡Maldita sea! –murmuró.

Capítulo Cuatro

Sharon se sentía humillada.

Jack le limpió la cara con su pañuelo.

–Lo siento –atinó a decir ella mientras se incorporaba y se alejaba un poco de él.

El calor de su brazo le recordaba demasiado al rato que pasaron en el ascensor.

–Tranquila. Ya ha pasado –dijo él sujetándola aún–. Al menos eso espero.

La ayudó a llegar al despacho. Allí Alice, una mujer mayor, maternal, se puso de pie y se acercó a ellos.

–¿Qué le ocurre a Sharon? ¿Se encuentra mal?

Sharon se alegró al cambiar los cuidados de Jack por los de Alice. Esta no le aceleraba el pulso ni invadía sus sueños.

–Alice, ¿te importaría acompañarme al lavabo?

–Claro, cielo.

Una vez en el lavabo, Sharon se dejó caer en el sofá, apoyando la cabeza en el cojín.

–¿Qué te pasa? ¿Tienes gripe?

Sharon se sintió tentada de decir que sí, pero contestó con

una mentira a medias.

–No, es que ha sido un día muy duro, y al ir a entrar en el ascensor... no he podido controlarme.

–Claro, pobrecita. Si me hubiese ocurrido a mí, no creo que hubiese sido capaz de volver a montarme en uno. ¿Quieres que te traiga una tónica para asentarte el estómago?

–Sí, por favor, Alice. ¿Podrías de paso decirle al señor Waterton que le veré mañana por la mañana en las obras, a la hora que él me diga? –le pidió.

Con un poco de suerte, aquello lo alejaría de allí para que ella pudiese salir con tranquilidad del lavabo.

–Por supuesto –dijo Alice mientras salía, dejando a Sharon en un relajante silencio.

Cerró los ojos y respiró profundamente. Ya se encontraba bien. Hasta el momento, no había tenido náuseas por la mañana, solo un malestar. Pero acababa de recibir el aviso de que si no se tranquilizaba empezaría a pasarlo peor.

Por primera vez desde que fue al médico, sintió realmente que estaba embarazada y se dio cuenta de que su cuerpo estaba cambiando. Deslizó la mano por su vientre.

–Cuidaré de ti –susurró.

Y lo haría. Aquella misma noche se lo contaría a su madre y empezaría a prepararse para el futuro. Había llegado el

momento de sobreponerse.

Jack permanecía de pie, sintiéndose inútil, cuando apareció Andy.

–¿Qué ocurre? ¿Dónde están Sharon y Alice? –preguntó.

–Sharon se sintió indispuesta y Alice la está ayudando.

–¿Indispuesta?

–Creo que aún se pone nerviosa en el ascensor –contestó Jack pasándose una mano por el pelo. Quería saber si Sharon estaba bien, pero no podía entrar al lavabo.

–¿Te ha contado lo que le ocurrió? Preguntó Andy.

Las señales de alarma se dispararon. Para sorpresa de Jack, la prensa no se había hecho eco del episodio del ascensor, y él se había olvidado de que nadie conocía su participación en el mismo.

–Sí, surgió en la conversación.

Andy lo miró fijamente, lo que lo puso nervioso.

–Me sorprende. Rara vez habla de ello. No me había dado cuenta de que aún la preocupaba.

–¿No debería ir alguien a ver si necesita un médico? –preguntó Jack.

En aquel momento apareció Alice en el pasillo.

–¿Cómo está Sharon? –preguntó Jack adelantándose.

–Está bien. Voy por una tónica para ella –dijo Alice y se marchó a la cafetería.

–Creo que será mejor que te marches a casa, Jack –dijo Andy–. No te preocupes por Sharon, yo me ocuparé de que se marche a casa a descansar.

–Pero tenemos que hablar de la reunión de mañana –insistió Jack. Quería quedarse para comprobar que realmente estaba bien.

–Déjame tu número de teléfono y yo le diré que se ponga en contacto contigo.

Jack se dio cuenta de que sería inútil insistir, así que sacó una tarjeta de presentación, le dio la vuelta y anotó su número de teléfono.

–Aquí está el número de teléfono de mi casa. Cuando se recupere puede llamarme y fijaremos la hora.

–Le daré el mensaje –dijo Andy–. Gracias por ser tan comprensivo.

¿Comprensivo? Estaba frustrado, pero Andy lo tenía arrinconado y los dos lo sabían. Asintió y salió, dirigiéndose hacia los temidos ascensores.

Cuando Alice volvió con la tónica y le dijo que el señor Waterton se había marchado sin fijar una hora, Sharon ya estaba lista para volver a su despacho. Tenía que pensar qué iba a hacer al día siguiente.

En cuanto se sentó sonó el teléfono.

Andy le pedía que fuese a su despacho, seguramente quería preguntarle cómo estaba.

–Estoy bien, Andy –le dijo según entraba en el despacho–. Me había sentado mal la comida.

–¿De verdad? Jack pensaba que se debía a tu miedo a los ascensores.

Sharon lo miró, intentando encontrar con rapidez una respuesta razonable.

–¿Mantenéis una relación Jack y tú? –le preguntó Andy.

Sharon se sentó y suspiró. Era el momento de decir otra mentira a medias.

–Verás es que...

–Sharon, si estáis saliendo deberías habérmelo dicho –dijo Andy con gesto serio.

–¡Y lo habría hecho! No estoy saliendo con nadie. Pero él es el hombre que estuvo atrapado conmigo en el ascensor –admitió finalmente.

Andy la miró boquiabierto.

–¿Por qué no me lo dijiste en cuanto mencioné su nombre?

–Porque no lo conocía. Lo único que sabía era que se llamaba Jack. Y no lo había vuelto a ver desde aquel día.

–¿Por qué no te reconoció en el despacho de Kane?

–Yo llevaba el pelo recogido, así que mi aspecto era distinto. Además, la mayor parte del tiempo estuvimos a oscuras. Quizás habría reconocido mi voz si yo... al final averiguó quién era, pero no comentó nada hasta que estuvimos a solas.

–¿Qué te dijo?

–Quería que hablásemos de ello, pero yo le dije que mantuviésemos la relación a un nivel profesional –le aseguró esperando que Andy dejase de fruncir el ceño.

Pero no lo hizo.

–¿Hablar sobre qué?

Sharon rezó pidiendo la intervención divina, pero no ocurrió nada.

–Supongo que querría saber si me había recuperado.

–Y tu respuesta es vomitar en cuanto él se acerca contigo a un ascensor. ¿Has seguido usando el ascensor desde el accidente?

–Sí, claro. A diario.

–De acuerdo. Jack quería esperar para asegurarse de que te encontrabas bien. Muy considerado por su parte –dijo Andy mirándola fijamente.

Sharon intentó ocultar su consternación.

–Sí, desde luego.

–Pero lo convencí de que quizás tardarías un poco, así que me dejó esto para ti.

Andy dejó una tarjeta sobre la mesa.

–Es una tarjeta de visita –dijo mientras ella la recogía–. Apuntó su número de teléfono por detrás y me pidió que lo llamases esta noche para fijar la hora de mañana.

–¿Quiere que lo llame a su casa? –preguntó Sharon levantando la voz.

–Sí, le dije que lo harías. No es ningún problema, ¿no?

–No, claro que no. ¿Te parece bien que vaya a las obras antes de venir aquí? Así no tendré que hacer dos viajes.

–Sí. ¿Quieres ver a un médico por tu problema con los ascensores? Debería habértelo ofrecido en cuanto ocurrió. ¿Un psicólogo?

–No, solo fue un incidente aislado. Estoy bien Andy.

–De acuerdo. Pero si tienes algún problema, dímelo. ¿De

acuerdo?

–Sí –contestó ella sonriendo.

Sharon fue andando hacia el metro. De camino a casa pensó en cómo le diría a su madre lo de su embarazo. No sería fácil.

–¡Sharon! –exclamó su madre al abrir la puerta de la casa–. Llegas pronto. ¿Va todo bien?

–Sí, mamá –contestó ella inclinándose para besarla en la mejilla. Vivían las dos solas en la casa, ya que todos sus hermanos se habían marchado.

Se le ocurrió que, a lo mejor, cuando supiese las noticias, su madre le pediría que se marchase de casa.

–Mamá, ¿tienes un momento? Tenemos que hablar.

Su madre, que se había encaminado hacia la cocina, se detuvo bruscamente y se volvió.

–¡Lo sabía! ¿Algo va mal, verdad? ¿Qué ha pasado?

–Mamá –dijo Sharon tomándola con firmeza del brazo–. Tranquilízate, no ocurre nada malo. Vamos a la cocina y hablemos.

A Sharon le gustaría decírselo poco a poco, pero su madre empezaría a imaginarse todo tipo de desastres si no se lo decía directamente.

–Mamá, estoy embarazada –dijo finalmente, suspirando.

Aturdida, su madre se dejó caer en una silla sin decir nada. Miraba a Sharon fijamente.

–Siento haberte disgustado. Si quieres que me marche de casa lo entenderé.

–¡No digas tonterías! Me quedo así porque no sabía que estuvieses saliendo con nadie. Te quedarás aquí hasta que te cases.

Sharon volvió a suspirar.

–No habrá boda, mamá.

–¿Te ha dejado embarazada algún sinvergüenza que no quiere casarse contigo? Dime quién es y ya me ocuparé yo de que cambie de opinión.

–Mamá, no se lo he dicho al padre.

–¡Sharon! ¿Es un hombre casado? No te he educado para eso.

–Mamá, deja que te explique. Después puedes gritarme todo lo que quieras –le dijo, y le explicó el incidente del ascensor y cómo lo buscó después en el hospital.

–Al menos podrás pedir alguna ayuda social –le dijo su madre.

Sharon se encogió de hombros.

–Con el aumento de sueldo que me han concedido podré mantener a mi hijo.

–¿Qué aumento?

Sharon se dio cuenta de que había estado tan aturdida por los acontecimientos del día anterior, que no le había dado a su madre las buenas noticias.

–Me han ascendido y me han concedido un aumento de sueldo.

–Eso es maravilloso. Pero ¿vas a tener a tu hijo, sola? Yo no querría esa clase de vida para mis hijos. Ya sabes lo duro que ha sido en nuestro caso.

–Pero lo hemos conseguido, mamá. Además para ti fue más difícil porque tú seguías enamorada de papá.

–Ya no.

–Lo sé, y me alegro –contestó Sharon. Poco a poco su madre había superado lo de su padre, aunque Sharon creía que no salía con nadie.

–Cielo, yo también tengo algo que decirte.

–No me digas que tú también estás embarazada –dijo Sharon tratando de hacer una broma.

–¡No! Claro que no. Pero estoy enamorada. Lo conocí en la iglesia, es una buena persona. Quería presentártelo, pero tenía miedo de que...

Aunque a Sharon no le complacía la noticia que le daba su madre, la abrazó.

Jack caminaba de un lado a otro por el salón de su elegante piso. Lo había decorado un decorador profesional contratado por su madre.

Era muy *chick*. No tenía nada que ver con él.

Pero ¿qué más le daba? Era un sitio para dormir y poco más. Desde que murió su esposa no había querido un hogar. Pero es que a ella no le había gustado el hogar que Jack había buscado para ella: una casa preciosa con jardín para que, cuando lo tuviese, su hijo pudiese jugar a gusto. Desde luego, su mujer tampoco quiso tener un niño.

Jack se detuvo delante del ventanal y se frotó el cuello. No estaban hechos el uno para el otro, pero ella le dijo que estaba embarazada en cuanto supo la fortuna que él poseía. Él se había tragado el anzuelo.

Cuando se dio cuenta de que no estaba embarazada se enfureció, pero estaban casados y él hizo todo lo posible por que saliese bien. Poco tiempo después, cuando ella se quedó embarazada de verdad, los dos, el bebé y ella se marcharon.

Miró furioso al teléfono. ¿Por qué no había llamado Sharon? Volvió a mirar el reloj; eran casi las siete y media. Quizás había perdido la tarjeta. Lo que haría sería llamarla él. Kane tendría su número de teléfono.

–Kane, hola. Soy Waterton. No tendrás el número de

Sharon, ¿verdad? Me tenía que llamar para concertar una reunión para mañana y temo que haya perdido mi número de teléfono.

–No, no lo tengo, pero te lo puedo conseguir. Enseguida te vuelvo a llamar.

Solo tardó cinco minutos en devolverle la llamada, pero Jack no era una persona paciente, y cuando Kane lo llamó, le dio las gracias y colgó enseguida. Quería hablar con Sharon lo antes posible.

Una voz dulce contestó al teléfono, pero no era Sharon.

–¿Está Sharon, por favor?

–Sí. ¿Quién la llama?

Jack no quería decirlo porque quizás ella decidiese no contestar, pero era lo más educado.

Sharon no tardó en ponerse al teléfono.

–Hola, Sharon. Como no me llamabas, temía que hubieses perdido mi número –dijo Jack. La excusa le parecía ridícula, pero era en lo único en lo que quería pensar.

–Lo siento. Debería haber llamado antes pero he estado ocupada. ¿Ha surgido algo urgente?

–No, pero estaba preocupado por ti. ¿Cómo estás?

–Bien, gracias señor Waterton.

–Jack, por favor. ¿Tomaste el ascensor al salir de la oficina?

–Sí claro.

Sharon mantenía el tono de voz frío y las respuestas cortas, nada que ver con la forma de hablar cuando estuvieron en el ascensor.

–Espero que no te moleste que haya llamado.

–No, pero, ¿cómo has conseguido mi número de teléfono?

–Llamé a Kane.

–¿El señor Haley tenía mi número de teléfono? –preguntó ella sorprendida.

–No, pero sabía dónde conseguirlo.

–Ya. ¿A qué hora nos vemos mañana?

–¿A qué hora te viene bien a ti?

–Preferiría que nos viésemos a primera hora. Pensé que a ti también te iría mejor.

–De acuerdo. Te invito a desayunar y después…

–No, desayuno no. ¿Nos vemos a las ocho y media?

–¿Qué hay de malo en desayunar?

–Nada, pero preferiría no incluir actividades sociales en nuestra relación –dijo ella de manera cortante.

–Sharon, no seas ridícula. Nos conocemos, no somos extraños.

–Te veré a las ocho y media –dijo ella después de un doloroso silencio, y colgó.

Capítulo Cinco

El equipo de Jack estaba en la obra a las siete de la mañana del día siguiente. La mayoría de los hombres ya habían trabajado para él y confiaba en ellos.

De vez en cuando, su madre o su hermana pasaban por la obra, y en una ocasión su hermana incluso se aventuró a salir del coche para ver su trabajo. Se volvió a meter en él apresuradamente al darse cuenta de que podía ensuciarse. Su madre nunca salía de su limusina y lo regañaba por no tener conectado el teléfono, y su padre vestía trajes caros y trabajaba en una oficina inmaculada dedicado a la compra y venta de acciones. No tenía ningún interés en la construcción.

Aquel día, Sharon vería la obra. Jack quería que se familiarizase con el montaje y que conociese a su capataz. Sabía que no podía esperar ninguna felicitación por lo que hacía, pero no podía evitar esperar algo.

–¿Estás bien, jefe? –le preguntó Pete Turley, su capataz.

–Sí. ¿Por qué lo preguntas?

–Pareces distraído. El arquitecto quiere hablar contigo –le dijo Pete señalando a un hombre con traje oscuro.

–De acuerdo, pero mantén los ojos abiertos por si viene la

contable. Llámame en cuanto llegue.

–De acuerdo jefe –dijo Pete sonriendo.

Jack continuaba hablando con el arquitecto cuando vio llegar a Sharon. Había tenido cuidado al vestirse y se había puesto unos pantalones grises con una chaqueta a juego y un jersey color crema de cuello vuelto. Estaba estupenda. Los hombres no habían reparado en ella, lo que era buena señal. No quería que la empezasen a silbar.

Le pidió disculpas al arquitecto y se apresuró a donde estaba Sharon.

–Buenos días.

–Buenos días, Jack. Espero no llegar demasiado pronto.

–En absoluto. ¿Te importaría echar un vistazo más de cerca? Está un poco sucio pero…

–Claro que quiero verlo más de cerca. Me he fijado en que las excavaciones ya están hechas.

–Sí. Ese es un trabajo que dejo a una subcontrata. Ahora estamos poniendo los cimientos. Quiero que conozcas a mi jefe de campo por si acaso yo no estoy y tienes preguntas que hacer –dijo Jack y la observó buscando señales de que estuviese a disgusto o de desgana, pero no vio ninguna.

Jack la guió hacia la oficina portátil que había instalado en la obra.

–Tengo algo para ti. Te ayudará con tu trabajo –le aseguró y le dio un casco.

En la parte trasera había escrito el apellido de Sharon.

–Es muy amable por tu parte, pero no vendré muy a menudo. No creo que sea necesario…

–Sí lo es. En mis obras obedecemos todas las normas de seguridad. Sin excepciones.

Jack le colocó el casco sobre los rizos castaños claros. Su feminidad contrastaba con el casco masculino, haciéndola aún más deseable.

Jack se aclaró la garganta.

–¿Vamos a buscar a Pete?

Sin hacer ningún comentario, Sharon lo siguió afuera.

–¿Te encuentras bien hoy? –le preguntó Jack.

Sharon se detuvo y lo miró fijamente.

–¿Por qué no iba a estarlo? –le espetó.

–Ayer vomitaste –dijo Jack frunciendo el ceño–. Pensé que quizás era la gripe y no el ascensor, eso es todo.

–Estoy bien –contestó Sharon con brusquedad.

Pete estaba en la planta baja, tres niveles por debajo de ellos, donde trabajaba el equipo. La única forma de llegar hasta él era sobre una plataforma que descendía. Jack pensó que

sería mejor pedirle a Pete que subiese antes que tuviese que bajar Sharon. Si no le gustaban los ascensores, desde luego no le iba a gustar la plataforma.

Jack hizo señas a Pete para que subiese.

–¿No vamos a bajar? –preguntó Sharon.

–Temía que te sentase mal.

–No está cerrado y solo son tres pisos. Podré controlarlo.

Le aseguró al tiempo que levantaba la barbilla.

Jack se encogió de hombros e hizo señas a Pete para que se quedase donde estaba. Después, ayudó a Sharon a subir a la plataforma sujetándola el brazo.

–Agárrate –le ordenó indicándole la barra de seguridad.

Sharon estaba pálida cuando llagaron abajo y Jack pensó que había hecho mal en dejarla bajar. Sin embargo, ella se bajó del ascensor y le ofreció la mano a Pete, que los estaba esperando.

–¿Tú eres el capataz? Soy Sharon Davies, la contable.

Pete la miraba fijamente con una amplia sonrisa en la cara.

–Encantando –dijo Pete haciendo una reverencia–. Eres la contable más guapa que he visto.

En vez de tomar ofensa, como Jack esperaba, Sharon se tomó el cumplido de Pete como lo que era y se lo agradeció

amablemente.

Jack la observó fascinado mientras ella embelesaba a Pete haciendo las preguntas adecuadas sobre la obra. Cuando uno de los hombres levantó la vista, Sharon le dio la mano y se presentó.

De repente, todos los trabajadores de la obra tuvieron algo que hacer en aquella zona y se detenían allí para conocer a aquella guapa mujer. Algunos de ellos la llevaron a sus zonas de trabajo para demostrarle su profesionalidad. Incluso el arquitecto le ofreció mostrarle los planos que había dibujado.

Los planes de Jack de tenerla para él solo se evaporaron. Prácticamente no pudo hablar con ella y la siguió de forma sumisa por toda la obra.

El orgullo que sentía ante lo bien que ella se adaptaba lo llenaba. Quizás su padre había trabajado en la construcción y por eso ella manejaba tan bien la situación.

Jack pensó en lo poco que sabía de ella y que sin embargo le había hecho el amor de una manera increíble.

–Jack –dijo ella apartándolo de sus pensamientos.

–¿Sí?

–A no ser que haya algo más que quieras que vea, tengo que volver a la oficina.

Jack no pudo evitar sonreír.

–No se me ocurre nada. Ya has visto más de lo que había pensado.

–Siento haberte ocupado tanto tiempo –dijo ella apresuradamente y se sonrojó.

–No digas tonterías. Me alegro de que hayas venido. Y mis hombres estarán encantados de volverte a ver.

–Me gusta tu equipo. Me alegro de haberlos conocido.

Varios de los hombres sonrieron al oír aquello, y Jack decidió que sería mejor sacarla de allí cuanto antes para que sus hombres siguiesen con el trabajo.

–¿Estás lista? –preguntó él gesticulando hacia la plataforma.

Sharon no parecía tan entusiasmada con la idea de montar en la plataforma como al bajar, y Jack la miró fijamente cuando los dos se montaron.

–Mantén los ojos fijos en mí y dime lo que piensas del proyecto. Enseguida llegamos arriba.

Para sorpresa suya, ella hizo lo que le dijo, pero las palabras no le salían con la misma naturalidad con la que le habían salido abajo. Quizás fuese por el ascensor o quizás fuese por él. No lo sabía.

–Creo… que ha sido un buen comienzo. Pete… parece una buena persona con la que trabajar, y tus hombres han sido

muy amables.

Jack no había dejado de sujetar su brazo y una vez arriba la guio fuera de la plataforma.

–Buen trabajo, Sharon –dijo él y ella bajó la vista y rápidamente se dio la vuelta.

–Gracias –contestó ella quitándose el casco, pero él la detuvo y se lo puso de nuevo.

–No te lo quites hasta que lleguemos a la oficina. Y cada vez que vengas, debe ser lo primero que hagas. ¿Lo prometes?

–Claro que sí.

–Bien. Y ahora, vamos a tomarnos un café para relajarnos. Pareces un poco tensa.

–No, gracias, tengo que volver a la oficina.

¿Era aquella siempre su última palabra? Jack empezaba a cansarse de aquella manera de mantener las distancias.

–Tengo que ir a ver a Kane, así que tomaremos algo en la cafetería de tu empresa. Es un compromiso y te recomiendo que lo aceptes.

Jack no quería parecer un gruñón, pero estaba acostumbrado a conseguir lo que quería.

–Muy bien –espetó ella–. Veré si Andy quiere unirse a nosotros.

–¡Bien! –espetó él a su vez.

Cuando llegaron a la oficina, Jack guardó el casco de Sharon dentro.

–Vámonos.

–Señor Waterton, puedo encontrar la salida sin tu ayuda –le aseguró ella, manteniendo el tono de voz frío al tiempo que miraba la mano que él tenía sobre su brazo.

–Estoy seguro de ello, señorita Davies, pero puede que yo sí me pierda.

Después de aquello la conversación finalizó, aunque él mantenía la mano sobre el brazo de Sharon. Le gustaba tocarla.

Jack se había cuestionado a sí mismo el comportamiento que tuvo el día del ascensor. Él era un hombre disciplinado y no cedía a sus instintos sexuales a la primera de cambio. Pero aquel día, mientras la abrazaba intentando consolarla, el contacto había sido tan especial que se había permitido hacer lo que no debía; ella era mucho más joven que él.

Lo cual le hizo recordar algo.

–¿Cuántos años tienes?

–¿Cómo? –preguntó ella, deteniéndose bruscamente en la acera y mirándolo furiosa–. ¿Por qué me preguntas eso?

–Porque pareces muy joven.

–Tengo veinticinco años, señor Waterton, y conozco mi trabajo.

–No era una queja. Solo quería saberlo.

Jack recordó que ella se lo había dicho cuando estuvieron juntos. También le habló de sus hermanos y hermanas y de cómo habían ido todos a la universidad gracias al esfuerzo de su madre y el suyo propio.

Entraron en el vestíbulo de la oficina. La puerta de *su* ascensor estaba abierta y Jack sintió un tirón en la mano cuando ella de repente se detuvo.

–Sube tú, yo voy a detenerme aquí un momento –dijo ella señalando hacia los lavabos.

–¿Te encuentras mal otra vez?

–No. Aunque no quiero montar en ese ascensor –le confesó en un tono de voz apenas audible. No podía enfrentarse al ascensor y a Jack al mismo tiempo.

Antes de que pudiese responder, las puertas del ascensor se cerraron y se abrieron las de otro.

–Ya podemos subir –dijo ella de repente y se apresuró a tomarlo, dejándolo a él atrás.

Una vez dentro, Sharon cerró los ojos e intentó pensar en algo para distraerse, así que, cuando Jack pasó un brazo por encima de sus hombros, se sobresaltó.

–¿Qué haces? –le preguntó ella abriendo los ojos para mirarlo.

–Ayudarte a pasar por esto.

–No es necesario, gracias –dijo ella apartándose–. ¿Y si nos viese alguien? Pensarían que tú...

–¿Que tengo un romance contigo, o que coqueteo contigo?

–Pues sí.

–Ninguno de los dos está casado. ¿Qué hay de malo en ello?

Ella lo miró boquiabierta.

–No sería profesional. Y yo podría perder mi trabajo.

La puerta del ascensor se abrió y Sharon salió con rapidez. Había pulsado el botón de la planta dieciséis y no la quince, donde estaba la cafetería.

–Tengo que pasar por el despacho. Puedes adelantarte a la cafetería...

–No.

Y sin decir nada más, Jack la siguió al departamento.

Frustrada, Sharon vio cómo Jack saludaba a Alice con una sonrisa y le volvía a dar las gracias por haber ayudado a Sharon el día anterior.

–No tiene importancia. Es un cielo –dijo Alice sonriendo.

–Estoy de acuerdo –dijo Jack asintiendo, lo cual irritó a Sharon.

–¿Está Andy en su despacho? –le preguntó ella a Alice.

–No. Ha salido a una reunión. Lillian lo llamó hace unos minutos –le explicó Alice y guiñó un ojo.

Sharon no pudo evitar contener una sonrisa. Todo el mundo conocía a Lillian, una mujer de mediana edad, que trabajaba como contable en la empresa y que se sentía atraída por Andy. Siempre intentaba encontrar alguna excusa para verlo.

–Por favor, Alice, dile que nos gustaría que desayunase con nosotros si vuelve pronto –le pidió Sharon, ignorando a Jack para no ver su reacción.

–Lo haré.

Después, no le quedó más remedio que mirar a Jack.

–¿Estás listo?

–Después de ti.

Sharon no dudó en tomar la delantera para bajar por las escaleras. No volvería a tomar el ascensor hasta que se marchase a casa por la tarde.

Una vez en la cafetería, Jack escogió una mesa y le preguntó si quería café.

–No, gracias. Tomaré una tónica –dijo ella. La doctora le había dicho que podía tomarse una al día y sentía que aquella mañana le hacía falta.

–Ya sabes que soy un derrochador, Sharon –dijo él, insistiendo en invitarla.

–Pero yo debería invitarte a ti. Después de todo eres mi cliente.

–Ya –dijo él con un brillo en los ojos que la preocupó–. Entonces, ¿me invitarás a cenar de vez en cuando?

Sharon estaba completamente perdida. Sabía que Kane Haley no dudaría en invitar a un cliente a cenar, pero ella...

–Estoy segura de que el señor Haley...

–¡Vaya! Oigo cómo se utiliza mi nombre en vano –dijo Kane, que estaba detrás de Sharon–. Buenos días. ¿Qué tal va todo?

–Buenos días, señor Haley –dijo Sharon girándose en la silla.

–¿Os importa que me siente con vosotros? –preguntó Kane apartando una silla que había junto a Jack.

Sharon no tenía ningún inconveniente, aunque no estaba segura de que aquella situación fuese mejor que estar a solas con Jack. Especialmente cuando Kane se dirigió a ella.

–¿Qué es lo que puedo hacer, Sharon?

Sharon no sabía qué contestar y, mientras consideraba las opciones, Jack tomó la iniciativa.

–Ha sido culpa mía, Kane. Creo que sorprendí a Sharon al preguntarla si me iba a invitar a cenar. En calidad de cliente, claro.

–Cuando quieras –dijo Kane sonriendo–. De hecho, tengo entradas para un partido esta noche. Podríamos salir a cenar y después acudir al partido.

Los dos hombres se pusieron a hablar de baloncesto, lo cual permitió a Sharon recuperar la compostura.

–En realidad estaba bromeando con Sharon, ya que ni siquiera ha accedido a desayunar conmigo. Todo lo más que he conseguido es que se tome una tónica aquí –comentó Jack–. No lo tomes como una queja, pero la cafetería no tiene demasiado ambiente –añadió sonriendo.

Sharon captó la fugaz mirada de Kane, diciéndole que la vería más tarde en su despacho.

–No es una empleada habitual, Jack –dijo Kane sonriendo–. Le gusta mantenerse centrada en el trabajo. ¿Qué te parece entonces salir a cenar y después al partido para compensar su negativa?

–De acuerdo, pero si tenías otros planes para las entradas, no los cambies por mí. Por hoy estoy satisfecho; Sharon visitó la obra y encandiló a todos mis empleados.

–Bien por ella –dijo Kane.

Sharon sentía ganas de meterse debajo de la mesa; toda aquella atención era demasiado para ella.

–Ya que está usted aquí, señor Haley, si no le importa yo me disculpo –dijo Sharon poniéndose de pie.

–Pásate por mi despacho más tarde. Y por favor, llámame Kane, ya conoces la política de la empresa.

–Sí, claro. Llamaré a Maggie para ver cuándo te viene bien –concedió ella y se despidió de Jack con un gesto de la cabeza.

–Te llamaré más tarde –añadió Jack.

Aquello era justo lo que ella no deseaba: pasar más tiempo con Jack aquel día. ¡Al menos no sería en un ascensor!

–¿La he causado problemas? –preguntó Jack cuando ella se hubo marchado.

–No, claro que no, pero estar al cargo de todo es nuevo para ella. Debería haber pensado en ello antes.

–Deberías haberla visto con mi equipo; los manejó de maravilla –dijo Jack–. Nunca había visto nada parecido –añadió. Quería asegurarse de que no la había perjudicado.

–Bueno, es una mujer muy guapa, y los hombres solemos reaccionar de esa manera. Pero tú sabes que resultará un poco extraño si sales con ella a cenar.

–¿A qué te refieres? –preguntó Jack mirándolo fijamente.

–A que ella es una mujer y tú un hombre. Hasta ahora no había reparado en ello porque todos mis directivos son hombres, excepto una mujer que está casada y siempre que sale con clientes su marido la acompaña.

–No voy a cruzar la raya, Kane. Al menos no en una cena de trabajo. Es muy guapa, pero conozco a muchas mujeres guapas y nunca he recibido ninguna queja.

–Lo sé. No quiero decir que hayas obrado mal. Pero quizás sea mejor que Andy o yo os acompañemos, así nadie podrá quejarse –dijo Kane–. Los hombres tenemos que tener mucho cuidado hoy en día para no dar la impresión equivocada.

–Sí, sé a qué te refieres. Lo haremos así –dijo Jack mientras se terminaba el café–. Ahora será mejor que vuelva al trabajo –añadió dándole la mano a Kane.

Parecía que el único sitio donde volvería a estar a solas con Sharon sería en el ascensor, lo cual a ella no le agradaba.

Capítulo Seis

Maggie programó la reunión de Sharon con Kane para las dos y cuarto. Aquello hacía que la comida resultase problemática para Sharon porque la asustaba comer. Podría volver a vomitar.

Le comentó a Andy que iba a ir a ver a Kane y él se ofreció a ir con ella, pero sabía que tenía que hacerlo sola. Tenía que asumir las responsabilidades de su ascenso.

Sharon llegó al despacho de Maggie con unos minutos de antelación.

–Me he adelantado a la cita, pero no quería llegar tarde. ¿Puedo esperar aquí? –le preguntó señalando hacia el sofá.

–Por supuesto. ¿Va todo bien?

–No estoy segura. Creo que he cometido un error con el señor Waterton. Espero que Kane se dé cuenta de que ha sido debido a mi inexperiencia.

–Es un hombre encantador –dijo Maggie sonriendo.

Sharon le devolvió la sonrisa y respiró profundamente. Se dijo a sí misma que tenía que mantener la calma; lo más importante era la salud de su bebé.

A las dos y cuarto Maggie anunció a Sharon. Cuando esta

entró en el despacho, él se puso de pie.

–Cierra la puerta, Maggie –dijo él y sonrió a Sharon, que permaneció de pie hasta que Kane le señaló una de las sillas que había delante de su mesa.

–Te debo una disculpa, Sharon.

–¿Por qué? –le preguntó ella sorprendida.

–No te he preparado para todas tus responsabilidades, entre las que se encuentra la de entretener a tu cliente. Debería haberme asegurado de que comprendías ese aspecto del trabajo –contestó Kane aún sonriendo.

Si Kane le pedía que saliese con Jack a cenar, no sabía si podría manejar la situación.

–¿Tienes tarjeta de crédito? –le preguntó Kane.

–Sí, pero solo la uso en caso de emergencia –contestó ella. Procuraba pagar siempre en efectivo.

–Bien. Cuando tengas que gastar dinero con un cliente, cárgalo en tu cuenta y redacta un informe de gastos. Te ingresaremos el dinero antes de que lleguen los recibos de la tarjeta.

–De acuerdo.

–El otro problema es respecto a que salgas con Jack a solas. ¿Tienes...? –se detuvo y frunció el ceño–. Debería haberle pedido a Maggie que se ocupase de esto.

–¿A qué te refieres?

–Solo quiero saber si tienes novio.

–No –contestó Sharon, que estaba totalmente perdida, y Kane la miró extrañado.

–Bien. Entonces o Andy o yo te acompañaremos un par de veces para brindarte nuestro apoyo.

–De acuerdo –contestó ella sintiéndose aliviada de que el problema se hubiese resuelto.

–No se trata de poner en duda tu profesionalidad. Solo es una cuestión de formas para no dar lugar a malentendidos –le explicó Kane, y respiró aliviado–. ¿Quieres hacerme alguna pregunta?

–No.

–Jack me ha hablado muy bien de tu trabajo. Me estás haciendo quedar bien y eso me gusta –afirmó él–. De todos modos y volviendo a lo de antes, aunque Jack no lo vuelva a mencionar, no sería mala idea invitarlo a cenar de vez en cuando. Es importante mantener contento al cliente.

–De acuerdo.

–No habrá nada entre vosotros, ¿verdad? Me ha parecido notar algo.

Así que aún no estaba libre de duda. Y como ya se lo había contado a Andy, sería mejor decírselo también a Kane.

–De hecho, hay un pequeño detalle –concedió ella.

–¿De qué se trata? –preguntó Kane incorporándose en la silla con el ceño fruncido.

–Jack es la persona con la que estuve atrapada en el ascensor.

–¿Cómo? –rugió Kane horrorizado, poniéndose en pie–. ¿Por qué no me lo habías dicho antes? Es increíble que haya querido firmar un contrato con nosotros. ¡Maggie! –gritó.

Sharon no se movió. No sabía cómo reaccionar.

–¿Qué ocurre, Kane? –preguntó Maggie entrando apresuradamente–. Te va a oír todo el edificio.

–Jack es el hombre que estuvo en el ascensor con Sharon –le explicó–. Deberíamos haberle preguntado cómo se sentía después del incidente. Llámalo e invítalo a cenar con nosotros esta noche. Que sea un restaurante bueno. Después díselo a Andy. ¡Ah! Y dile a Jack que traiga acompañante, si quiere.

–De acuerdo –dijo Maggie mientras tomaba nota de todo–. ¿Te parece bien el restaurante Le Cirque?

–Perfecto. Gracias, Maggie. De hecho, tú también vendrás. Eres una buena relaciones públicas. ¿Te viene bien? –le preguntó.

–Sí, pero estoy segura de que no me necesitas –contestó ella mientras se dirigía hacia la puerta, obviamente deseosa de

salir de allí.

–Te necesito. Te recogeré a la hora que tú me digas, así tendrás tiempo de ir a casa a cambiarte.

Maggie miró a Sharon, hizo un gesto de impaciencia con los ojos y salió del despacho.

–Tú también podrás ir, ¿verdad? –le preguntó Kane a Sharon, dando por sentado su consentimiento–. Toma un taxi al restaurante y apúntalo en el informe de gastos. Puedes marcharte cuando quieras.

Kane andaba de un lado a otro del despacho y Sharon lo miraba fascinada. Sabía que Kane era inteligente, amable y que trabajaba duro, pero nunca lo había visto de aquella manera.

–¿Lo afectó mucho el incidente del ascensor?

–No. Mantuvo la calma y me tranquilizó a mí. Fue muy caballeroso.

–Claro. Supongo que esa es la razón por la que te trata con tanta familiaridad. Hice que revisasen los ascensores en cuanto ocurrió. Ahora son completamente seguros –añadió.

–Sí. Maggie me lo dijo.

–He reservado mesa para cinco en Le Cirque –dijo Maggie entrando por la puerta–. Jack estará allí, aunque irá sin acompañante y Andy también irá. Puedes recogerme a las siete ya que he reservado mesa para las siete y media –añadió y se

marchó.

–Todo está arreglado. Si necesitas la dirección del restaurante, puedes pedírsela a Maggie. Te veremos a las siete y media. Por cierto, el restaurante es francés.

–Gracias –dijo Sharon y salió apresuradamente del despacho.

–¿Qué me pongo, Maggie? –le preguntó Sharon una vez fuera del despacho de Kane.

–¿Tienes algún vestido de noche negro?

Sharon negó con la cabeza. Su vida había estado dedicada a los estudios y la familia. Nada que la requiriese arreglarse más que para ir a la iglesia.

–Pues puedes ir a Filene's Basement, es una tienda de ropa que está aquí cerca y tiene la mejor selección de vestidos y buenos precios. Cómprate un vestido sencillo que puedas combinar con distintos accesorios. Te será muy útil para tu nuevo puesto.

–Pero no me va a dar tiempo.

–Claro que sí. Márchate ahora; Kane te ha dado permiso. Explícaselo a Andy y no habrá ningún problema.

La calma de Maggie ayudó a Sharon a recobrar el control. Menos mal que tenía la tarjeta de crédito.

–¿Por qué no me habías contado que Jack era el hombre

del ascensor? –le preguntó Maggie.

–No lo supe hasta que lo conocí en el despacho de Kane el otro día. Solo sabía que se llamaba Jack –explicó Sharon.

Maggie abrió los ojos de par en par sorprendida.

–Menuda sorpresa –murmuró.

–Y que lo digas –dijo Sharon suspirando y salió del despacho.

Jack llegó pronto al restaurante. Se sentía avergonzado por la invitación; había estado bromeando con Sharon, con la esperanza de salir a cenar con ella, los dos solos.

Cuando recibió la repentina invitación para cenar en Le Cirque, uno de los restaurantes más selectos de Chicago, le había extrañado.

Se quedó en la entrada del restaurante esperando ver llegar a Sharon. Se preguntó qué llevaría puesto. Deseaba verla con algo femenino. ¿Conseguiría sentarse junto a ella, o la rodearían sus protectores, Andy y Kane? Solo quería mantener una pequeña conversación con ella, quería saber si su padre trabajaba en la construcción, si tenía novio o mantenía alguna relación con alguien.

Quería saber cómo se sentía después de haber hecho el

amor con él.

Debería haberse puesto en contacto con ella enseguida, pero no tuvo tiempo. Quizás su novio la había dejado después de lo que pasó; si era así, le debía algo. Él podría ofrecerse como acompañante cada vez que lo necesitase.

Se rio de sí mismo y al darse la vuelta vio a Maggie y a Kane bajarse de un Jaguar negro.

–Buenas noches, Jack. ¿Por qué no te has sentado? –le preguntó Kane mientras le entregaba las llaves al aparcacoches.

–Quería disfrutar del aire fresco unos minutos. Además, el restaurante está muy lleno.

–Ven con nosotros. Haremos que nos muestren nuestra mesa enseguida –dijo Kane, dirigiéndose a la entrada.

En poco tiempo estaban sentados en una de las mesas principales, que estaba elevada sobre una tarima. Jack sabía lo difícil que era conseguir una mesa así con tan poco aviso, y la estima que ya sentía por Kane aumentó.

–Buen trabajo, Maggie. Nunca sabré cómo lo haces –dijo Kane–. ¿Podrán subir aquí la silla de Andy?

–Sí. Hay una rampa que utilizan los camareros. Me prometieron que no habría ningún problema.

Kane tomó la mano de Maggie y la besó.

–Siempre piensas en todo –le dijo.

A Maggie parecía incomodarle el comportamiento de Kane.

Jack quería hacerle algunas preguntas a Kane sobre la conversación que habían mantenido anteriormente, pero la llegada de Andy distrajo su atención.

Ya solo faltaba Sharon.

Jack mantuvo los ojos fijos en la entrada del restaurante, deseoso de que ella apareciese. Solo cuando Kane comenzó a explicar la razón de aquella cena, volvió a fijar su atención en él.

–Sharon nos contó que tú eras la persona que estuvo atrapada con ella en el ascensor –dijo Kane con un tono de disculpa en la voz–. No puedo creer que no supiese nada hasta hoy, ¿por qué no me lo dijiste?

–Prefería mantenerlo en secreto –contestó él, deseando que aún fuese así.

¿Qué les habría contado Sharon exactamente? Esperaba que no les hubiese contado que habían hecho el amor.

–Ella dijo que fuiste... –dijo Kane y se detuvo para ponerse de pie–. Buenas noches, Sharon. Me alegro de que hayas podido venir –añadió sonriendo.

Jack se dio la vuelta y miró a la mujer que tenía delante.

Sharon llevaba el pelo recogido en un elegante moño, lo que le recordaba al día del ascensor. Aparte de unos sencillos pendientes de oro, no llevaba ningún otro adorno. Solo un chal de encaje complementaba el vestido negro, que era ajustado y con un escote que insinuaba lo que había debajo.

Jack respiró profundamente y se puso de pie para ofrecerle a Sharon la silla que había junto a él.

–Estás muy guapa –le dijo Jack.

Sharon murmuró un agradecimiento y se sentó.

–Espero no llegar tarde, pero el taxista se perdió.

Cuando el camarero se acercó para tomar nota, Kane pidió un vino caro para empezar.

–Yo no tomaré, gracias –se apresuró a decir Maggie.

–Yo tampoco –añadió Sharon y vio la mirada inquisitiva de Maggie.

–Caballeros, parece que dependerá de nosotros dar cuenta del vino. Y ahora, ¿pedimos unos entrantes? –dijo Kane.

Antes de que nadie pudiese decir nada, Kane pidió una tabla de entrantes y le dijo al camarero que volviese más tarde. Después, se inclinó hacia Maggie y le susurró algo al oído.

Jack pensó que le gustaría poder actuar con aquella familiaridad con Sharon, pero aún tenía que averiguar qué le había contado ella a Kane acerca del incidente del ascensor.

Tenía la pequeña sospecha de que ella quizás estuviese intentando forzarlo a casarse con ella, o a que le ofreciese dinero para compensar lo que ocurrió. Y aunque Sharon merecía que la recompensase, odiaría descubrir que aquel era su plan.

–Como iba diciendo –dijo Kane–, no tenía ni idea de que hubieses estado atrapado en el ascensor con Sharon. Nos ha dicho que te portaste como un caballero, por supuesto –continuó–, así que pensé en salir a cenar esta noche para hacerte saber cuánto sentimos lo ocurrido.

Sharon no levantó la vista del menú que tenía delante.

–Gracias por alabarme, Sharon –dijo Jack–. Pero creo que los dos nos portamos bastante bien.

–A Sharon tuvieron que darle puntos –intervino Maggie–. ¿Te ocurrió algo a ti?

–No. Tampoco sabía lo de Sharon. No me has contado lo que ocurrió después –añadió mirando a Sharon.

Ella lo miró como si hubiese cometido un gran error.

–Fue un corte sin importancia –murmuró ella–. Tuvimos suerte de que no ocurriese nada más. Estoy muy agradecida de que mandases revisar los ascensores con tanta rapidez, Kane –añadió.

Jack no volvió a repetir la pregunta, pero tomó nota

mentalmente para hacerlo cuando estuviesen solos.

–¿Te quedará marca? –le preguntó Jack.

–Estoy segura de que no –contestó ella apartando el brazo.

–La empresa puede costearte la cirugía plástica –ofreció Kane.

–No. Estoy bien, de verdad –le agradeció–. Esta mañana he visto los planos del proyecto de Jack. Va a ser un edificio magnífico –añadió. Resultaba obvio que no deseaba ser el centro de atención.

Jack le facilitó la tarea relatando historias entretenidas de cómo había surgido el proyecto, pero mentalmente seguía pensando en la herida que se había hecho ella y en cómo lo había alabado a él sin revelar lo que realmente ocurrió. ¿Estaría pensando en chantajearlo?

Tal y como había presentado ella los hechos, no parecía probable, pero él era un hombre con experiencia.

Su primera esposa nunca tuvo aspecto de haber roto un plato y sin embargo se casó con ella engañado.

Pero quizás no fuese tan malo que Sharon lo chantajease; tendría derecho a tocarla y a abrazarla por las noches. Sus sueños se harían realidad. Quizás entonces consiguiese conciliar el sueño o, al menos, la falta de sueño merecería la pena.

De repente se dio cuenta de que el camarero había vuelto y que las dos mujeres estaban pidiendo. Las dos lo hicieron en un francés impecable. Miró a Sharon sorprendido.

–¿Te importaría ayudarme? Nunca se me dieron bien los idiomas –le preguntó Jack a Sharon.

–Por supuesto. ¿Qué quieres? –le dijo ella y se sonrojó–. Me refiero a si prefieres carne, pollo o pescado –añadió.

–Un filete –dijo él con firmeza.

Sharon le leyó los tipos de carne que había y le recordó que los franceses servían la carne poco hecha. Jack pidió un filete medio hecho y el camarero tomó nota con expresión de desdén.

Cuando se hubo marchado, Maggie les relató un viaje que había hecho por Francia, y cuando terminó, Jack le preguntó a Sharon si alguna vez había estado allí ya que su acento era muy bueno.

–No, pero tuve buenos profesores.

–¿No te gustaría ir algún día? –le preguntó Kane.

–Sí. Pero acabo de terminar la licenciatura y primero me gustaría obtener un máster. Algún día iré –le aseguró Sharon sonriendo.

Inmediatamente, Jack se vio a sí mismo mostrándole a Sharon las maravillas de París.

A Sharon le sorprendía lo bien que se lo estaba pasando. En cuanto a la comida, estaba sencillamente deliciosa. Todo había salido bien.

Quizás fuese capaz de manejar aquellas situaciones después de todo, siempre y cuando hubiese alguien más a su lado además de Jack; le traía demasiados recuerdos del tiempo que pasaron juntos en el ascensor. Y eran momentos que tenía que olvidar.

Se puso a pensar en su madre. Aquella noche, ella y su pretendiente también habían salido a cenar. Aunque parecía buena persona, Sharon no podía evitar sentirse preocupada, ya que su madre no soportaría que la volviesen a traicionar.

De repente se dio cuenta de que todos los demás estaban preparándose para marcharse.

–Lo siento. Estaba pensando en otra cosa –se disculpó y se puso de pie, colocándose el chal alrededor de los hombros.

–No os hemos podido convencer a Maggie y a ti para que toméis postre, así que tendremos que dar por terminada la velada –dijo Kane con una mirada burlona.

Cuando llegaron a la entrada, Sharon se acercó al portero para pedir un taxi.

–No será necesario –dijo Jack y le entregó unos billetes al hombre.

–¿Qué estás haciendo? Tengo que volver a casa.

Jack la sujetó del brazo y la llevó hasta la puerta.

–Yo te llevaré a casa. No creo que sea seguro que tomes un taxi sola a estas horas de la noche.

Había un taxi aparcado en la puerta del restaurante y Sharon intentó dirigirse hacia él, pero Andy llegó antes que ella.

–¡Sharon! No me he dado cuenta de pedirte un taxi. Deja que...

–Yo la llevaré a casa –repitió Jack con firmeza.

Kane lo miró fijamente y Sharon se dio cuenta de que Jack a su vez miraba a Maggie y después de nuevo a Kane.

–¿Te importa? –le preguntó Jack a Kane.

Algo estaba pasando y Sharon no estaba segura de qué se trataba.

–No. Gracias, Jack. Estoy seguro de que a Sharon le gustará. Es un gesto muy amable.

–Gracias por la cena, ha sido un placer –dijo Jack.

–Nosotros también la hemos disfrutado. Hasta mañana, Sharon –contestó Kane.

Maggie se despidió de ella también y Sharon se quedó de pie en la acera a merced de Jack.

Capítulo Siete

Jack se rio de sí mismo en voz baja; se sentía como un adolescente deseando estar a solas con ella, pero sin estar muy seguro de qué hacer cuando llegase el momento.

–¿Estás cómoda? –le preguntó mirándola.

–Claro. ¿Cómo no iba a estarlo en este coche? –respondió ella, acariciando el asiento de piel–. Es muy bonito.

–Gracias. ¿Es mejor que un taxi? –le preguntó y ella le lanzó una mirada que le decía que se estaba pasando.

–No era necesario que me llevases a casa. Habría llegado bien en un taxi.

–Lo sé. Pero nunca consigo estar a solas contigo.

–No seas ridículo. No necesitamos estar a solas.

–Yo creo que sí. Tengo muchas preguntas que hacerte.

Sharon pareció encogerse, lo que lo preocupó. ¿Estaría ocultando algo? ¿La asustaba lo que él pudiese preguntarle?

–Como por ejemplo, si tu padre trabajaba en la construcción. Estuviste tan relajada con mi equipo que pensé...

–Durante los cinco años que conocí a mi padre, vendía seguros –dijo con la voz entrecortada, aunque sin

arrepentimiento.

–¿Qué le ocurrió? ¿Murió?

–No. Se marchó con una mujer más joven, dejando a mi madre con cinco hijos. Yo soy la mayor.

Jack se dio cuenta de que ella estaba mirando por la ventanilla del coche; no lo miraba a él.

–Debió de ser muy duro.

–Nos las arreglamos.

–¿Es por eso por lo que aún vives en casa de tu madre, ayudando a que tus hermanos y hermanas vayan a la universidad?

–Alguien tenía que hacerlo.

Jack se rio.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella irritada.

–Estaba pensando en mi hermana. Lo menos egoísta que es capaz de hacer es irse de compras.

Sharon lo miró fijamente.

–¿Por qué ir de compras no es ser egoísta?

–Porque está ayudando a levantar la economía del país –le explicó él fingiendo sorpresa.

Sharon no pudo evitar reírse.

–Es una teoría interesante –le dijo.

A Jack le gustaba hacerla reír. Incluso en el ascensor la había distraído de sus miedos el tiempo suficiente como para oír aquella risa tan sexy.

–Deduzco que tu hermana no tiene problemas de dinero.

–Nadie en mí familia los tiene, ¿no lo sabías? –le preguntó y la desconcertada expresión de su cara lo animó.

–No. Kane dijo que eras un cliente importante, pero yo solo asumí que tu empresa marchaba bien.

–Va mejor que bien, pero yo no tuve que abrirme camino desde la nada.

–Has tenido suerte.

–Podrías ser tú la de la suerte si decides demandarme –le dijo él evitando mirarla a propósito.

Sharon se quedó callada durante unos minutos y Jack pensó que la había sorprendido al averiguar sus propósitos.

–¿De eso se trata? Querías hablar conmigo porque creías que te iba a demandar –le dijo con seriedad–. ¿De verdad piensas que te voy a demandar por mantener relaciones sexuales conmigo en el ascensor?

–Perdí el control. Quizás pienses que te debo algo por ello.

–Si tú perdiste el control fue porque yo tuve un ataque de nervios. De otra manera no creo que hubiésemos llegado a nada.

Jack se arriesgó a mirarla por el rabillo del ojo y vio que ella mantenía la vista fija en el frente y las mandíbulas apretadas.

–Entonces, ¿no me vas a demandar?

–No. ¿Quieres que firme una renuncia? Dile a tu abogado que la redacte, la firmaré y te la mandaré por fax. Así no tendrás que perder más tiempo con nuestro *incidente* –le dijo y cruzó los brazos.

–Esa no era la única razón por la que quería pasar tiempo contigo, cielo –murmuró él con suavidad.

–Me llamo Sharon, no cielo –espetó ella.

Jack intentó arreglar aquello.

–Lo que compartimos fue especial, Sharon, pero tenía que saber si...

–¿Si el precio era alto? ¿Me ves como a una prostituta de lujo? Supongo que debería estar agradecida de que no creas que soy una cualquiera.

–¡Ya basta! Lo que intento decirte es que...

–No quiero oír nada de lo que tengas que decirme. Simplemente mantente alejado de mí –le avisó y se dio la vuelta para no verlo.

–Sharon, me has interpretado mal –dijo él, pero ella permaneció en silencio.

De acuerdo, la dejaría en paz un rato. Ella le había dado su

dirección, así que fueron en silencio hasta su casa. De vez en cuando, Jack la miraba pero ella mantenía la vista apartada de él.

Jack aparcó el coche delante de la casa de Sharon y apagó el motor. Ella seguía sin moverse.

–¿Podemos hablar de manera civilizada? –le preguntó él finalmente.

Sharon se negó a contestar, lo cual lo irritó aún más. Jack alargó la mano y le tocó el brazo.

–Sharon.

Un pequeño ruido lo sorprendió. Se inclinó hacia delante para ver su cara y volvió a oír el mismo ruido. Parecía un ronquido. Sharon se había quedado dormida.

Jack no podía creerlo. Había estado esperando a que ella se tranquilizase para pedirle disculpas por exagerar, y en vez de preocuparse por la conversación que habían tenido, ella se había quedado dormida.

Jack le sacudió el brazo ligeramente.

–Sharon.

La cabeza de ella se deslizó en el asiento pero no se despertó. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Jack se bajó del coche y se fue hacia la puerta de ella, la abrió y la tomó en brazos.

–Cuando duermes, lo haces de verdad –murmuró él mientras cerraba la puerta del coche con el pie.

Cruzó el jardín de la entrada y llamó a la puerta. Cuando se abrió, una atractiva mujer, parecida a Sharon, lo miraba sorprendida. Después pareció preocupada.

–¡Sharon! ¿Está bien?

–Está dormida. Intenté despertarla, pero debe de estar muy cansada.

Sharon se estiró bajo las sábanas con una sonrisa en los labios. Se sentía bien. No solía levantarse tarde los sábados por la mañana, pero se alegraba de no haber puesto el despertador.

Después de la noche anterior... era jueves. Abrió los ojos de par en par y miró el reloj que había sobre la mesilla de noche. Eran las diez y cuarto.

Se incorporó en la cama. No sabía qué había pasado. La noche anterior había salido a cenar con Kane, Maggie, Andy... y Jack. Y él había insistido en llevarla a casa.

Después de que él la acusase de querer denunciarlo, no recordaba más. ¡Se había quedado dormida! Pero ¿cómo había llegado hasta la cama?

Se puso de pie y comenzó a vestirse todo lo deprisa que pudo, hasta que sintió una náusea. Se sentó y respiró profundamente, diciéndose que tenía que mantener la calma. Entonces vio la nota:

Querida Sharon, el señor Waterton dijo que te dejase dormir. Él se lo explicaría a tu jefe. Desde luego lo necesitabas. Un abrazo, mamá.

Sharon no pudo mantener la calma; deseaba tener a Jack cerca para darle una patada en las espinillas. ¿Qué pretendía? ¿Arruinar su carrera, además de su vida?

Descolgó el auricular del teléfono y marcó el número de Andy.

–Andy, hola. Soy Sharon –comenzó a decir apresuradamente–. Me he dormido, pero enseguida llego y trabajaré hasta tarde para compensar las horas perdidas. Lo siento mucho.

–Ya lo sé, Sharon. ¿Estás bien?

–¡Claro que sí! ¿Qué te dijo ese idiota? ¿Que tengo falta de sueño? No puedo creer que convenciese a mi madre para que le hiciese caso. No volverá a pasar, te lo prometo.

–Kane quiere que vayas al médico. Cuando llegues, pide

cita.

Sharon no lo discutió en aquel momento, pero ya lo haría. Primero tenía otra llamada que hacer y marcó el número de la oficina del señor Waterton.

–Oficina del señor Waterton –dijo una dulce voz al otro lado de la línea.

–¿Está ahí? –preguntó Sharon con los dientes apretados.

–¿Quién llama?

–Sharon.

–Sí. Un momento por favor.

Parecía que había dado instrucciones de que le pasasen sus llamadas de inmediato.

–Hola, Sharon. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

–Nada bien, ya que gracias a ti he perdido medio día de trabajo. ¿Cómo te atreves a interferir en mis asuntos?

–Me pareció que necesitabas descansar –dijo él manteniendo la calma, aunque en su voz había una ligera nota de diversión.

–¡No vuelvas a tomar decisiones por mí! –espetó ella espaciando las palabras para darles más énfasis y colgó.

¡Ojalá no tuviese que volver a verlo! Desde luego, ahora que ella le había asegurado que no lo demandaría, él estaría

tranquilo. Aquella había sido su única preocupación.

Cuando llegó al trabajo, Alice estaba en su mesa.

–¿Qué tal estás, cielo? ¿Te sentiste indispuesta otra vez?

–No. Alguien decidió que necesitaba dormir y me apagó el despertador.

–Quizás te hacía falta –dijo Alice sonriendo.

–Si pierdo mi trabajo, no. No tenían derecho... no importa. Ahora estoy aquí y haré mi trabajo.

–Claro que sí. Aquí tienes las llamadas que has recibido. El señor Waterton te ha llamado varias veces –añadió con una sonrisa.

Sharon apretó los dientes y no dijo nada. El señor Waterton podía llamar todas las veces que quisiese, que ella no iba a devolverle las llamadas.

La que sí contestó fue la de su capataz, Pete.

–Hola, Pete. Soy Sharon. ¿Hay algún problema?

–Pues sí. No localizo a Jack y aquí hay un distribuidor que quiere hacer una pregunta sobre dos facturas que tiene. Pensé que tú podrías ayudarnos.

–¿Aún está ahí?

–Sí. ¿Puedes venir ahora?

–Enseguida estoy allí.

–Gracias, Sharon.

Cuando volvió, tuvo que devolver la llamada de Jack, porque estaba segura de que tenía pruebas de que su gestor le estaba robando dinero.

Cuando entró en el departamento, descubrió que estaba equivocada. No hacía falta llamarlo ya que él estaba ya allí, sentado a su mesa esperándola.

–Buenas tardes –dijo ella con sequedad.

Él se puso de pie sonriendo, como si no hubiese ocurrido nada entre ellos. Quizás lo demandase solo para disgustarlo.

–¿Puedes venir a la sala de conferencias? –le preguntó Sharon con la suficiente firmeza como para que él se diese cuenta de que era una orden.

Después, ella dio media vuelta y cruzó el pasillo hacia la sala.

Cuando le explicó la situación a Jack, decidieron que tenían que avisar a los auditores judiciales y, después de hablar con ellos, Sharon dejaría que Jack tomase las riendas.

–Cielo, ¿puedes llamar a mi oficina y decirle a mi secretaria que estaré fuera el resto del día? Gracias –dijo él cuando Sharon se disponía a marcharse.

Sharon deseó matarlo. Si la llamaba cielo delante de los demás, parecería que su relación iba más allá de lo puramente profesional.

–¡Desde luego, señor Waterton! –exclamó y salió de la habitación.

En cuanto se sentó a su mesa, respiró profundamente y llamó a la oficina de Jack.

Capítulo Ocho

Jack normalmente disfrutaba de su trabajo. Le gustaba la construcción, saber que cuando su trabajo estuviese terminado, la gente podría disfrutar del edificio que había construido.

Pero aquel día lo único que deseaba era desaparecer del mundo. Aquel día había perdido un amigo.

Roger Mallick y él se habían conocido justo antes de que Jack decidiese establecerse por su cuenta. Jack le propuso ser socios, pero Roger se negó, no queriendo invertir su propio dinero en el negocio. Sin embargo accedió a dirigir la contabilidad.

Después de cinco años, Jack le volvió a ofrecer la oportunidad de ser su socio; se sentía mal por el hecho de que a él le iba tan bien y Roger, aunque tenía un buen sueldo, no estaba recibiendo ningún beneficio. Pero volvió a rechazarlo.

Cuando Jack se casó, las dos parejas hicieron muchas cosas juntos. Roger tenía hijos y Jack era su padrino. Sus vidas estaban entrelazadas.

Los contables que lo habían acompañado a la oficina de Roger le habían dicho que, durante los últimos cinco años, este

había estado robando cantidades cada vez más grandes.

Cuando se enfrentó a Roger, este no se disculpó. Le dijo a Jack que se merecía el dinero y que no creía que hubiese hecho nada mal. Los contables sugirieron que mandase detenerlo, pero Jack no sabía si podía hacerlo, así que cambió las cerraduras, canceló la cuenta de Roger en el banco y abrió una nueva y negó a Roger cualquier acceso a la empresa.

Jack se bajó del ascensor. No sabía por qué estaba allí. Se decía a sí mismo que quería asegurarse de que Sharon había preparado a más contables para el día siguiente y se había acercado a Kane Haley, Inc. Eran casi las seis de la tarde pero esperaba que Sharon aún siguiese allí; la había llamado a casa y su madre le había dicho que iba a trabajar hasta tarde.

Era viernes por la tarde y, cuando entró en el departamento de Proyectos Especiales, la oficina estaba vacía excepto por una guapa mujer. Estaba sentada a su mesa, con la cabeza inclinada hacia abajo, trabajando.

–Sharon –llamó Jack y esta se sobresaltó. La sorpresa se reflejaba en su cara.

–Me has sobresaltado –exclamó ella. Respiró profundamente y se recostó en la silla–. ¿Qué quieres, Jack?

–¿Hablaste con Kane?

–Sí, claro. ¿Ha ido todo bien?

–Supongo que sí –contestó Jack. ¿Cómo iban a estar bien las cosas cuando el hombre en el que confiaba lo engañaba y ni siquiera le importaba?

–Kane me dijo que te dijese que lo siente y que haremos todo lo que podamos para que lo superes.

Jack miró fijamente aquellos ojos de color verde claro y vio la compasión reflejada en ellos. Sabía que, por parte de su familia, no obtendría ninguna compasión, lo único que sentirían sería la pérdida del dinero, y no la de un amigo. No lo comprenderían.

Pero de alguna forma supo que Sharon sí lo comprendería.

–Fue horrible –murmuró él frunciendo el ceño enfurecido.

Jack oyó cómo Sharon se movía pero no levantó la vista. De repente ella tocó su brazo.

–Me lo imagino. ¿Expresó su arrepentimiento?

–No. Todo este tiempo pensé que era mi amigo. ¡Confiaba en él! –dijo Jack con el tono de voz cada vez más alto, estaba a punto de perder el control. Respiró profundamente.

Ella no dijo nada y él la miró. Para sorpresa suya, los ojos de Sharon se habían llenado de lágrimas.

–Jack, ahora soy tu amiga, no tu contable, ¿de acuerdo?

Él no comprendió lo que estaba diciendo hasta que ella pasó un brazo alrededor de su cintura y apoyó la cabeza en su

pecho.

–Lo siento –susurró ella–. Sé que debe de haber sido duro.

Él la abrazó con fuerza y su calor comenzó a llenar el doloroso vacío que sentía. La abrazó durante un rato largo hasta que otro tipo de sentimiento comenzó a abrirse paso. Igual que había sucedido en el ascensor.

Sharon era tierna, por eso había sido tan increíble hacerle el amor. Pero no se permitiría volver a perder el control.

Jack dio un paso hacia atrás.

–Gracias. Soy un poco mayor para pedir un abrazo, pero me ha ayudado.

–No hay de qué –contestó ella mientras se dirigía de nuevo a su mesa, pero él la sujetó del brazo–. ¿Qué?

–Quiero que salgas a cenar conmigo –dijo él con firmeza, estaba preparado para su negativa.

Ella lo miró y Jack vio la duda en sus ojos.

–De acuerdo, siempre y cuando sea un sitio con comida sencilla. No podría soportar comida francesa dos noches seguidas –contestó ella y sonrió como si no la hubiese sorprendido.

–¿Lo harás?

–Sí, tengo hambre.

Sharon se apartó de él y comenzó a recoger su mesa, metió varias carpetas en su maletín y después se volvió para mirarlo.

–¿Estás listo? –le preguntó–. Hay una cafetería a una manzana de aquí que está cerca de mi parada de tren. ¿Te parece bien?

Jack sabía a cuál se refería. Era un sitio limpio y la comida era sencilla pero buena. Aquella noche daba igual dónde fuesen, lo que él quería era la compañía de Sharon.

–Sí, me parece bien.

Después, la llevaría a casa.

Sharon sabía que estaba rompiendo las reglas que Kane había establecido. Pero cuando ella necesitó unos brazos fuertes que la abrazasen y la ayudasen a superar el incidente del ascensor, Jack estuvo allí.

Cuando él entró en la oficina, con expresión de dolor en los ojos, ella lo abrazó. Y ahora necesitaba compañía, alguien que comprendiese su dolor; alguien que lo escuchase; alguien a quien le importase.

Aquello era lo que más la asustaba. A ella le importaba. La noche anterior se había enfurecido con él por preguntarle si lo

iba a denunciar, pero su enfado había sido debido a que a ella le importaba.

Cuando pensó que iba a morir en el ascensor, se dio cuenta de que sentía por Jack una atracción combinada con cariño, lo que significaba mucho. Habían conectado.

Ahora que sabía más sobre él, el cariño que sentía había aumentado, así que tenía que tener cuidado y mantener las distancias. Tenía que proteger su corazón.

Pero aquella noche él necesitaba un amigo.

Cuando se sentaron a una mesa, el uno enfrente del otro, Jack intentó decirle lo mucho que apreciaba que estuviese allí.

Ella alargó los brazos por encima de la mesa y puso las manos sobre las de él.

–Tú estuviste allí cuando yo te necesité.

Jack sintió una punzada de dolor.

–¿Así que me estás devolviendo el favor? ¿Eso es todo?

–No, significa que me importas, Jack.

Jack se relajó y apartó las manos para ponerlas encima de las de ella.

–Gracias. No tenía a nadie que me comprendiese excepto tú.

Aunque tenía amigos, le resultaba extraño decir aquello.

No se sentía tan cercano a nadie ya que sus padres nunca le inculcaron aquel sentimiento de intimidad.

–¿Qué vais a tomar? –les preguntó una camarera de aspecto cansado.

–¿Cuál es el plato del día? –preguntó Jack sin soltar las manos de Sharon.

–Filete acompañado de puré de patatas, judías verdes y tarta de manzana de postre –contestó la camarera.

–¿Te parece bien, Sharon?

Ella asintió.

–Los dos tomaremos lo mismo. Y café para beber.

–Yo tomaré agua –añadió Sharon.

Cuando la camarera se marchó, Jack aún sujetaba las manos de Sharon, disfrutando de su calidez. No sabía qué decir.

–Cuéntame qué ocurrió –le dijo ella suavemente.

Repasar los acontecimientos del día lo ayudó a centrarse.

–Los contables afirmaron que había evidencia de sobra para condenarlo y que debería presentar cargos –dijo finalmente después de explicarle lo ocurrido.

–Tienen razón.

–No puedo hacer eso, Sharon. Solo porque me traicionase

no me da derecho a meterlo en la cárcel.

La camarera volvió con la comida y Jack tuvo que soltar las manos de Sharon. Se recostó en el asiento frunciendo el ceño.

Cuando la camarera se marchó, tomó el tenedor. Quería evitar la conversación.

–Jack, tiene que pagar por lo que ha hecho y tú tienes que dar ejemplo al siguiente contable que contrates.

–Sí, pero, ¿por qué tienen que pagar el precio su esposa y sus hijos?

–¿Le pagabas un buen sueldo?

–¡Claro que sí! –exclamó Jack y le dijo lo que él había considerado como un sueldo generoso.

Sharon pareció impresionada.

–En dos ocasiones le ofrecí ser mi socio, pero nunca estaba dispuesto a invertir su propio dinero.

–¿Por qué iba a arriesgarse si lo podía robar? –dijo Sharon con sarcasmo–. Por eso tienes que presentar cargos. Para que todos sepan que la sociedad no acepta ese comportamiento.

–Eso es lo que más me preocupaba. Empecé a pensar que era yo el que estaba obrando mal –dijo él finalmente.

Sharon volvió a alargar el brazo y él tomó su mano de nuevo.

–No, Jack. Él es el que ha obrado mal. Tú te has abierto tu propio camino.

–Yo no tuve que luchar como otras muchas personas –contestó él. Siempre se había sentido culpable de pertenecer a una familia adinerada.

–Jack, la fortuna de tu familia no es la que ha hecho prosperar a tu empresa. Ha sido tu trabajo –añadió y le apretó la mano–. Vamos, come algo.

Jack se dio cuenta de que estaba hambriento y devoró su plato de comida.

–¿De verdad piensas que debo ir a la policía? –le preguntó cuando terminó.

–Sí. Y no será fácil pero es lo correcto.

–Supongo que no querrás ir conmigo a la comisaría, ¿verdad?

–¿Esta noche?

–Sí. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca.

Sharon suspiró y consultó su reloj.

–De acuerdo. Cuando terminemos de cenar.

–¿Tienes una cita esta noche? –le preguntó Jack frunciendo el ceño.

–Eso no es asunto tuyo –contestó ella con sequedad.

–¿Vuelves a ser mi contable? ¿Ya no eres mi amiga? –preguntó él sintiendo la pérdida.

–Tengo que tener cuidado. Me llamaste cielo delante de dos contables, Jack. Pronto empezarán a correr los rumores.

–¿Cuándo hice eso?

–Cuando me pediste que llamase a tu secretaria.

–Lo siento. No lo hice a propósito, pero estaba disgustado. Te prometo que tendré más cuidado.

–No importa. Mientras que no pasemos tiempo juntos fuera de la empresa, siempre podré negarlo todo –dijo ella–. Podrías aceptar la invitación que te hizo Deedee West –le sugirió.

–¿Por qué?

–Porque distraería la atención sobre nosotros. Además, no creo que ella te rechace.

–Yo tampoco, pero, ¿por qué iba a querer salir con ella?

–¿Acaso no es tu tipo?

La llegada de la camarera con el postre evitó que él contestase inmediatamente; había estado a punto de decirle que ella era su tipo, pero aún no estaba preparado para un compromiso.

–No tengo preferencias –dijo Jack cuando la camarera se marchó.

Sharon se encogió de hombros y mordió su tarta de manzana.

–Qué buena está. No debería comerlo pero...

–¿Por qué no? No tienes que preocuparte por tu peso. De hecho, parece que hayas perdido un poco. ¿Comes bien?

Sharon no levantó la vista.

–Perfectamente, gracias.

De repente, después de una conversación tan íntima, no tenían nada que decirse. Jack se inclinó hacia delante.

–¿Dónde estás?

Sharon lo miró sorprendida.

–Aún sigo aquí.

–Me refiero a mi amiga, no mi contable.

–Tienes razón, pero así tiene que ser. Sobre todo cuando vayamos a la comisaría.

–De acuerdo –concedió él suspirando–. Pero prefería a la amiga.

–¿Irás a ver a Kane el lunes por la mañana para hablar del nuevo proyecto?

–¿Es necesario? ¿No puede mandar él a alguien a mí oficina?

–Creo que ha asumido que irás tú –dijo ella mordiendo el

último trozo de la tarta. Cerró los ojos y lo saboreó.

Jack se olvidó de la pregunta que le había hecho.

–¿Lo harás?

–Sí, claro. Podemos tomarnos un café tú y yo en la cafetería y después...

–No. Los lunes por la mañana son muy ajetreados y ya he perdido mucho tiempo hoy. No puedo perder más tiempo el lunes.

–Lo dices por los rumores, ¿verdad? –preguntó Jack, que sentía cómo volvía a enfurecerse.

–Jack, le he contado a Kane que estuvimos juntos en el ascensor, y espera que mantenga la relación contigo a un nivel profesional.

–¿Y si se entera de lo de esta noche?

–Le diré que te convencí para que presentases una denuncia y que te ofrecí mi apoyo.

La rápida respuesta de Sharon lo irritó.

–Eres muy rápida inventando excusas.

–¿Puedes pedir la cuenta? –se limitó a decir Sharon mientras buscaba su monedero.

–Ni lo pienses.

–¿A qué te refieres? –preguntó ella levantando la cabeza.

–A pagarte la cena.

–¿Por qué no? Eres mi cliente y voy a pagar la tuya también.

–No. La mujer que entró aquí conmigo era mi amiga y voy a pagar su cena además de la mía.

Sharon lo miró durante unos instantes y pareció darse cuenta de que sería inútil pelear, de manera que se encogió de hombros y asintió.

Una vez pagada la cuenta, Jack colocó su mano en la espalda de Sharon y la guió hasta el coche.

–¿Está muy lejos la comisaría más próxima? –preguntó ella.

–A unas manzanas de aquí. No tardaremos mucho –contestó él recordando cómo había mirado ella el reloj.

Jack abrió la puerta del coche y esperó a que ella entrase.

–Prometo no quedarme dormida –murmuró.

–Espero que no. Solo son algo más de las siete. ¿Vas a ir a ver al médico? Kane me dijo que te había sugerido uno.

Sharon había logrado evitar aquel problema durante toda la tarde porque había estado ocupada. Después, cuando habló con Kane sobre el proyecto de Jack, este había estado demasiado centrado en el tema para pensar en otras cosas.

Ahora tenía que contestar.

–No es necesario.

–Yo creo que sí. Anoche estabas exhausta.

–Sí. A veces me ocurre cuando estoy bajo tensión, pero hace poco que fui a ver a mi doctora.

–¿Qué te dijo?

Sharon tragó saliva y se quedó callada durante unos instantes. La idea del desastre que provocaría si se lo decía la hizo sonreír. Cuando él se giró para mirarla borró la sonrisa de su cara.

–Dijo que tengo un problema femenino. Pero es temporal y nada por lo que preocuparme –contestó ella. La mayoría de los hombres evitaban hablar sobre problemas femeninos. Estaba segura de que Jack también.

–¿Qué tipo de problema? –preguntó él.

–No quiero hablar sobre ello. Es personal.

–Pero...

–No, Jack. No lo hablaré contigo. No corro ningún peligro, si me canso, ya me recuperaré –le cortó ella. Quizás dentro de veinte años.

Aparcaron enfrente de la comisaría y, una vez dentro, preguntaron por la división de delitos financieros.

–En el tercer piso. Cuando se bajen del ascensor, giren a la izquierda –les informó un sargento a la entrada.

–Gracias –contestó Jack.

Jack agarró la mano de Sharon y se dirigieron al ascensor. Cuando llegaron al tercer piso, encontraron el departamento que estaban buscando. Dos hombres que había sentados ante ambas mesas levantaron la visa.

–¿Podemos ayudarlos?

–Sí. Queremos poner una denuncia –dijo Jack aún sujetando la mano de Sharon.

A Sharon le parecía que no tenían un aspecto demasiado profesional, por lo que intentó soltarse de la mano de Jack, pero él la sujetó con firmeza.

–Sí, señor. Siéntense aquí usted y su señora.

El hombre se levantó y acercó dos sillas a su mesa.

–Soy su contable, no su esposa –intervino Sharon rápidamente.

Después del comentario del policía, Jack había soltado la mano de Sharon, y esta buscaba una tarjeta de presentación en su bolso.

–¿Es usted la demandada? –preguntó el policía sonriendo.

–¡No! Vengo en calidad de testigo –contestó Sharon, consternada por cómo estaban manejando la situación.

–Es culpa mía –dijo Jack–. Yo tenía dudas acerca de denunciar a la persona en concreto y ella me convenció para

que lo hiciese.

–Me podría convencer a mí de muchas cosas también – murmuró el otro policía mirándola fijamente.

Sharon estaba dispuesta a enfrentarse con los tres hombres, que se sonreían el uno al otro.

Capítulo Nueve

Sharon pasó la mayor parte del fin de semana intentando decidir qué hacer.

El viernes por la noche, Jack hizo que la decisión fuese más fácil y más difícil al mismo tiempo. Cuando insistió en llevarla a casa, ella aceptó, y no se quedó dormida.

Lo cual significó que, cuando él aparcó delante de su casa, ella tuvo que mirarlo a la cara para darle las buenas noches.

–En estos momentos, somos amigos, ¿de acuerdo? –le había dicho él con una sonrisa encantadora.

Sharon no se imaginó lo que vendría después y asintió.

Sin decir una palabra más, Jack la abrazó y la besó. Inmediatamente se sintió transportada a la última vez que él la había abrazado y habían llegado hasta el final.

El deseo se apoderó de ella. Quería que él la amase.

Pero el recuerdo de su trabajo, la carrera a la que había dedicado su vida, hizo que se apartase de él. Se sintió orgullosa de su fuerza de voluntad, y destrozada por la pérdida.

Desde que tenía cinco años se había dicho a sí misma que no se podía confiar en los hombres. Miró a Jack fijamente, deseando con todo su corazón poder confiar en él y

rechazándolo con la mente.

–Sharon, siento una fuerte atracción por ti.

–Sí –susurró ella ya que no podía negar sus palabras.

–No estamos en un ascensor.

–No –concedió ella con la voz temblorosa.

–Pero los sentimientos aún perduran. ¿No crees que deberíamos darles una oportunidad?

–¿Cómo?

–Pasando más tiempo juntos.

–No, no podemos.

–Pero, Sharon...

Sharon no fue capaz de quedarse sentada tranquilamente para hablar de lo que había sentido cuando él la besó. Abrió la puerta y se bajó del coche y corrió hacia su casa, cerrando la puerta con un portazo tras de sí.

Se había quedado allí hasta que oyó cómo se marchaba y después se fue a su cuarto.

Pero no podía cerrar la puerta a sus sentimientos, a la necesidad que se convirtió en dolor, a los miedos que la hacían temblar.

Tenía que tomar una decisión: ¿dimitía como directora del proyecto Waterton, lo que significaba la pérdida del ascenso y

del aumento de sueldo? ¿O procuraba mantener las distancias, intentando trabajar más con Pete que con Jack?

¿Podría negarse a estar a solas con él? ¿Podría controlarse?

¿Podría controlar a Jack?

El domingo por la tarde, su madre intentó ayudarla.

Cuando Sharon le confesó su problema, Edith intentó convencerla de que algunos hombres sí eran de fiar.

–Mamá, Jack pensaba que lo iba a denunciar. En el hospital no se puso en contacto conmigo. Si no nos hubiésemos encontrado de casualidad, todavía no sabría el apellido del padre de mi bebé.

–Eso es cierto. ¿Lo has hablado con él?

–Me dijo que tuvo problemas. Estuvo fuera de la ciudad un mes, después le surgió un proyecto importante, y después tuvo problemas personales.

–Pero tenía intención de ponerse en contacto contigo, ¿no es así?

–Cuando tuviese tiempo. Quizás dentro de cinco años. ¿Qué más da? Voy a criar a mi hijo yo sola; no lo necesito a él... ni su dinero.

Pero lo deseaba. Y aquello era lo que más la preocupaba.

Jack se pasó la mayor parte del fin de semana recorriendo su apartamento de una punta a otra.

Lo asustaba el comportamiento que había tenido con Sharon el viernes por la noche. La forma en que necesitaba a Sharon era algo que nunca había experimentado. Ni siquiera con su esposa.

Siempre había superado las decepciones él solo, pero el viernes sintió que necesitaba a Sharon, necesitaba sentirla, su comprensión y aquello lo hacía vulnerable.

Cuando volvió a besarla, apenas necesitó rozarla para que su cuerpo se tensara con el deseo. En el ascensor le había llevado un rato llegar al punto en que no había vuelta atrás.

El viernes por la noche fue la reacción de Sharon la que había detenido el descontrol de sus emociones.

Ella no lo deseaba.

¿Y ahora qué? ¿Le pedía a Kane otra persona para el puesto de Sharon? ¿Influiría aquello negativamente sobre ella? Desde luego no quería perjudicarla, pero tampoco quería trabajar con ella. Sharon lo utilizaría como excusa.

Pero tampoco tenía intención de darse por vencido. No iba a darle la espalda a sus sentimientos, no cuando eran tan intensos, así que sería mejor no trabajar con ella. De esa

manera podría cortejarla sin ninguna complicación.

Quizás pudiese explicárselo a Kane el lunes por la mañana.

El lunes Sharon se puso un traje rojo para ir a trabajar. El rojo representaba poder.

–Bonito traje –le dijo Alice–. Te sienta muy bien con tu color de pelo. Llamas la atención.

–Gracias. Llego tarde porque he ido a la obra antes de venir aquí –se excusó.

Había pensado que así mataría dos pájaros de un tiro; así se quitaba de encima el subir en ascensor y se ocupaba del proyecto con Pete antes de que Jack apareciese.

Desde luego había llamado la atención del equipo de Jack.

–Aquí tienes las llamadas que has recibido –le dijo Alice entregándole unas hojas.

–Gracias –dijo mientras les echaba un vistazo.

Jack había llamado, así que se sentó a su mesa y lo llamó a la oficina. Enseguida le pasaron la llamada.

–Buenos días, Sharon –dijo él con voz seductora.

Sharon se cuestionó la decisión que había tomado, pero tenía que intentarlo.

–Hola, Jack. Ya he hablado con Pete esta mañana y va todo por buen camino.

–Tenía intención de ir a la obra yo mismo para comprobar algunas cosas contigo.

–Yo también necesito repasar algunas cosas contigo. ¿Podemos vernos para desayunar en la cafetería donde estuvimos el viernes por la noche, digamos, dentro de media hora?

Tras aquella pregunta se hizo el silencio y Sharon supuso que lo había sorprendido, pero no podían hablar de lo que ocurrió entonces en la oficina, ni delante de su equipo.

–Desde luego –accedió él–. Me encantaría, además, yo invito. Estaré allí dentro de media hora.

Y ella también estaría allí. Pero la cuenta la pagaría ella.

Sharon se dirigió al cuarto de la fotocopiadora y se encontró con Lauren.

–Hola, Sharon. ¿Bajarás a desayunar hoy? Últimamente no te vemos mucho.

–Lo sé, y os echo de menos, pero he estado muy ocupada. Hoy tampoco podré ir, pero saluda a todas de mi parte.

–De acuerdo –contestó Lauren encogiéndose de hombros.

Realmente, Sharon echaba de menos la camaradería que compartía con las otras mujeres, y le gustaba hablar con Jen

sobre su embarazo porque dentro de poco ella estaría pasando por lo mismo. Pero el no poder decírselo a nadie dificultaba el hacer preguntas.

Su madre estaba siendo de mucha ayuda, ya que, tras cuatro embarazos, podía contestar a la mayoría de las preguntas.

Había momentos en los que consideraba la posibilidad de contárselo a todo el mundo; después de todo, no se trataba de esperar a que se casara. Podía imaginarse la reacción de Jack cuando se enterase. Se pensaría que era otro truco para obligarlo a contraer un matrimonio que no deseaba.

Igual que su primera esposa.

Cuando le contó aquella historia en el ascensor, Sharon sintió que se enfurecía y no quería ser catalogada de la misma forma.

Hablar de su embarazo mientras Jack estuviese de por medio era imposible, pero Sharon quería que se quedase por allí al menos un par de meses más, si tenía suerte.

Había decidido que tenía derecho a utilizarlo para demostrar sus habilidades y su talento. Después, cuando pidiese el traslado a otro proyecto, todos sabrían que no era porque no pudiese hacerlo. Y cuando Jack tuviese otro contable, anunciaría su embarazo. Como el traslado ya se habría llevado a cabo, a Jack no se le ocurriría preguntar por

ella. Probablemente estaría demasiado furioso.

Lo tenía todo planeado. ¿Qué podía salir mal?

Sharon consultó su reloj y se dio cuenta de que iba a llegar tarde. Volvió corriendo a su mesa, recogió su monedero y se marchó a la cafetería.

¿Por qué querría Sharon que quedasen para desayunar?

La semana anterior ni siquiera quiso compartir una taza de café con él. Estaba tramando algo pero no sabía qué podía ser. De momento, él se guardaría la decisión de pedir que la retirasen del proyecto hasta ver qué era lo que ella quería.

Cuando entró en la cafetería estaba casi vacía y Sharon aún no había llegado.

–¿Mesa para uno, señor? –le preguntó la camarera recogiendo un menú.

–No, he quedado con alguien –contestó él. Miró por encima del hombro y vio un reflejo rojo–. Creo que ya ha llegado.

Sharon entró por la puerta casi sin aliento.

–Siento llegar tarde –se disculpó mientras tomaba aire.

–Tranquila. No me merezco esas prisas –dijo Jack, aunque

le agradó ver que ella pensaba lo contrario.

La camarera los llevó a la misma mesa en la que habían estado el viernes y, mientras se sentaban, les ofreció dos vasos de agua.

–Aquí tenéis. ¿Vais a pedir ya o queréis leer el menú primero?

–Danos un minuto, por favor –solicitó Jack con una sonrisa, y cuando estuvieron solos continuó hablando–. ¿Ocurre algo? ¿No se me habrá venido encima otro desastre?

–No, claro que no. Todo va perfectamente –contestó Sharon y se detuvo para beber un poco de agua–. Es que no me gusta llegar tarde.

–De acuerdo.

Jack abrió el menú aunque no dejó de mirarla por encima del borde. Él ya sabía lo que iba a pedir, así que la dejó tranquila hasta que volvió la camarera.

Sharon pidió tostadas y él pidió dos huevos fritos, beicon, salchichas y tostadas.

–¿No te preocupa el colesterol? –le preguntó Sharon.

Jack no pudo evitar sonreír.

–No creo que tu desayuno sea más sano que el mío, así que no me digas lo que es sano y lo que no –contestó Jack y cuando ella se sonrojó le pareció encantador.

–No suelo salir a desayunar, así que me complazco –dijo ella.

Sharon se humedeció los labios con la punta de la lengua y Jack también quiso complacerse. Era la hora del desayuno. No solía sentirse excitado a aquellas horas de la mañana, pero nunca había desayunado con Sharon.

–Te sienta bien el color rojo. Nunca me habría imaginado que iría bien con tu pelo, pero habría estado equivocado.

–Gracias.

Al ver que ella no decía nada más, fue directo al grano.

–Así que, ¿cuál es la razón de nuestra reunión? ¿Querías salir a desayunar y que Kane o yo pagásemos la cuenta?

Sharon apretó los labios con fuerza.

–La cuenta la pagaré yo. Necesitaba hablar contigo en privado.

–Cielo, podríamos tener mucha más intimidad. Mi apartamento está cerca de aquí.

–Y probablemente haya varios hoteles por aquí cerca donde no te importaría alquilar una habitación para que estuviésemos más cómodos.

¿Le estaba ofreciendo acostarse con él? El corazón de Jack se aceleró ante aquel pensamiento, pero volvió a la realidad.

–El dinero no sería un problema, pero no soy tan tonto

como para creerme que eso es lo que tienes en mente.

–Gracias. No lo es. Lo que quiero decirte es que mientras trabaje para ti, tenemos que evitar lo que ocurrió el viernes por la noche.

–Sin ningún problema. Ya había tomado la decisión de despedirte.

Aquello era de mala educación, pero parecía tan formal y educada, controlando la situación, que no pudo evitar sobresaltarla un poco. Porque cuando se trataba de ella, Jack no controlaba la situación.

–¿Cómo? ¡No!

–Aquí tenéis –dijo la camarera dejando los platos sobre la mesa–. La mermelada está en la mesa, y aquí tenéis una jarra de café. Voy por el zumo de naranja –añadió y se marchó.

Sharon respiró profundamente.

–Jack...

Pero Jack la detuvo alzando una mano ya que la camarera volvió con el zumo de Sharon. Cuando se marchó, Jack bajó la mano y tomó los cubiertos.

–Cómete el desayuno antes de que se enfríe –le ordenó

–Pero...

–Come antes de que desfallezcas. No vamos a hablar de nada hasta que te hayas terminado el desayuno.

Lentamente, Sharon tomó el tenedor y removió la tostada por el plato. Jack le ofreció la mermelada y ella se la untó en la tostada con desgana.

Cuando por fin ella comenzó a comer, Jack suspiró aliviado; por un momento pensó que se marcharía sin más, ya que se había excedido con las burlas.

Cuando Jack hubo terminado su desayuno, Sharon aún iba por la mitad del suyo.

–Comes muy despacio –dijo él.

–No tengo más hambre –contestó ella apresuradamente y se limpió la boca con una servilleta–. ¿Ya podemos hablar?

–Sí. Escucha, esto no va a funcionar...

–Sí lo hará. Dame un mes, Jack, y si después de entonces no quieres seguir trabajando conmigo, yo misma hablaré con Kane.

–¿Adónde quieres llegar?

–Estoy hablando de mi futuro en Kane Haley, Inc. He trabajado duro en la empresa y en la universidad durante ocho años. Si pides que me sustituyan me retirarán el ascenso y el aumento de sueldo, y necesito el dinero.

–Kane no haría eso.

–¿Por qué no? –replicó ella furiosa–. Si no puedo hacer el trabajo, ¿por qué iba a querer mantenerme en él?

–No tenía intención de decirle que no puedes hacerlo.

–Dentro de un mes, sabrá que puedo hacerlo. Si por entonces tienes problemas conmigo, no será por falta de profesionalidad.

Le estaba poniendo entre la espada y la pared. No podía ofrecerle ayuda económica ya que se pondría furiosa y se negaría a volver a verlo. Tampoco podía estar seguro de la reacción de Kane, y la sugerencia de ella era una posibilidad.

Nunca se había aprovechado de una situación a costa de otra persona si podía evitarlo y en aquel caso podía. Solo tenía que mantener la libido bajo control y mostrar paciencia. Y sentirse desconsolado.

–Si decido esperar, ¿cuáles son las condiciones?

Sharon pareció sorprenderse.

–¿Qué condiciones? Pues mantener la relación a un nivel estrictamente profesional, nada físico –le aseguró y sus bonitos ojos reflejaban sinceridad.

–Ni hablar, cielo –replicó él.

–Pero... no podemos... el rumor se extendería por toda la oficina y los dos tendríamos problemas.

–¿Cuántas personas de tu oficina viven en tu mismo barrio?

Sharon parpadeó y se quedó pensativa durante unos

instantes.

–Nadie.

–En el mío tampoco. Si somos discretos, no tendremos ningún problema.

–¿Qué estás sugiriendo? –le preguntó horrorizada.

–No intento chantajearte para que te acuestes conmigo, pero podemos vernos, charlar, conocernos el uno al otro durante un mes. No tengo ningún inconveniente en dejar de lado durante un tiempo el aspecto físico.

Aquello iba en contra de lo que realmente sentía; durante un mes, se sentiría completamente desconsolado. ¿Dónde tenía la cabeza?

–¿Nada físico? –le preguntó ya que obviamente no le creía.

–Bueno, creo que podrías darme un beso a la semana. Digamos, los viernes por la noche.

–Así que saldríamos los viernes por la noche para charlar y después yo te daría un beso.

–No me refería a que no podamos vernos otras noches, pero el beso lo reservamos para el viernes –dijo él esperando no parecer demasiado ridículo.

–No puedo salir más de una noche por semana. Sobre todo en estos momentos.

–¿A qué te refieres con eso? –le preguntó de forma

distraída–. Dijiste que no estabas enferma.

–Y así es, pero... estoy un poco débil. Me estoy tomando vitaminas, pero tengo que tener cuidado.

Jack quería mandarla a un médico de inmediato; uno al que él conocía que le diría la verdad. Pero Sharon no aceptaría ir.

–¿De acuerdo? –le preguntó y Jack se dio cuenta de que ella estaba esperando a que él aceptase sus reglas.

Bien, ¿por qué no? No podía arriesgarse a que la despidieran y tampoco podía vivir sin verla y tocarla, aunque solo fuese una vez por semana.

–De acuerdo. ¿Así que el viernes que viene es nuestra primera cita?

–Sí, pero tiene que ser en un sitio donde no nos vean.

–Estupendo. Puedes venir a mi apartamento. Alquilaré unas películas y pediré que nos traigan la cena. Será algo informal y tú podrás relajarte.

A Sharon le pareció maravilloso. Una cita tranquila e informal en la que lo único que tenía que hacer era acudir. Y además la pasaría con Jack.

¿Estaría cometiendo un grave error? No podía saberlo, pero no podía arriesgarse a perder su empleo, y menos en aquellos momentos; necesitaba el seguro médico y su sueldo.

Además, no podía dejar de ver a Jack así como así y con aquel arreglo podría conocer más cosas acerca de él.

Capítulo Diez

El viernes Sharon se dio la enhorabuena.

Después del desayuno del lunes anterior, apenas había visto a Jack. La semana había sido tranquila y eficiente. De hecho se había empezado a preguntar si él no se habría olvidado de la cita que tenían.

Sharon se había llevado una bolsa con ropa informal a la oficina, para poder cambiarse en el apartamento de Jack. Pero si en la siguiente hora no tenía noticias de él, no iría. No podía hacerlo ya que no sabía la dirección.

En aquel momento sonó su teléfono.

–Sharon Davies, Proyectos Especiales –dijo ella.

–Esta es la dirección de mi apartamento –dijo Jack sin más.

–Pensé que quizás hubieses cambiado de opinión –le dijo ella para darle la oportunidad de hacerlo si quería.

–No. Creía que me llamarías tú para pedirme la dirección, pero no lo has hecho.

–No, yo creí que me llamarías tú –contestó Sharon y respiró profundamente–. Escucha, Jack, quizás no sea tan buena idea...

–Me diste tu palabra –dijo él sin concesiones.

–Sí, lo hice. Así que te veré allí alrededor de las seis.

Jack le dio la dirección y Sharon se dio cuenta de que no tenía excusa: él vivía a cinco minutos de la oficina de ella.

Cuando colgó el auricular, no pudo evitar sentirse emocionada.

–¡No lo hagas! –se dijo a sí misma en voz alta.

Alice se inclinó hacia delante.

–¿Estás hablando conmigo, cielo? No te he escuchado.

–No, Alice. Estaba hablando conmigo misma. Disculpa.

–No te preocupes. Hola, Andy.

Sharon se dio la vuelta y vio que Andy se había acercado silenciosamente a su mesa.

–Hola, Andy. ¿Necesitas algo?

–No. Pero estoy un poco cansado y creo que me marcharé a casa. ¿Podrás ocuparte de todo?

Sharon y Alice lo miraron fijamente. En los ocho años que Sharon llevaba allí trabajando, Andy nunca se había marchado temprano de la oficina.

–¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te vea un médico? –le preguntó Sharon.

–¡Cielos, Andy! Debes de estar enfermo –afirmó Alice.

–¡No estoy enfermo! –exclamó él frunciendo el ceño–. Solo me duele un poco la cabeza.

Alice se levantó de su silla, se acercó a la mesa de Sharon y tocó la mejilla de Andy con una mano.

–Estás enfermo, Andy. Tienes fiebre.

–¡Ya está bien! Quítame la mano de encima.

–Te acompañaré a casa y te compraré la medicina y algo para comer –se ofreció Sharon inmediatamente, pero recordó la cita que ya tenía–. ¡Vaya! Se me había olvidado.

–Espero que tuvieses algún plan –dijo Andy–. Eres demasiado joven para estar cuidando de un hombre mayor.

–Pero Andy, tienes que cuidarte.

–No te preocupes. Tengo una vecina que es enfermera y me ha prometido que irá a ver cómo estoy. Y ahora, volved las dos al trabajo, que aún os queda una hora.

Andy intentó parecer duro y cruel, pero no consiguió engañarlas. Alice le dio unas palmaditas en el hombro y Sharon le sujetó de la mano.

–Cuídate –le dijo–. Mañana te llamaré para saber cómo estás.

Andy se limitó a mover la cabeza con desdén y se marchó a los ascensores.

Cuando todos empezaron a recoger para marcharse a casa,

Sharon continuó trabajando. No se marcharía hasta poco antes de las seis. Así podría sacar algo más de trabajo, pero media hora más tarde se dio cuenta de que no era capaz de concentrarse; lo único en lo que podía pensar era en Jack y en cómo acabaría la velada. Y si era sincera consigo misma, en lo mucho que lo había echado de menos aquella semana. Resultaría difícil aguantar así tres semanas más, pero se recordó que después no lo volvería a ver. Ni siquiera una vez a la semana.

Así que pensó que sería mejor disfrutar de ello mientras pudiese y se acarició el vientre. Notó que comenzaba a hincharse ligeramente; tendría que comprarse algo de ropa si quería seguir ocultando su pequeño secreto.

Para aquel viernes por la noche se había llevado unos pantalones de chándal grises que lo ocultarían todo.

Ya se habían marchado todos los empleados, así que decidió cambiarse allí mismo. Cuando salió de los lavabos, parecía estar lista para un partido de baloncesto. ¿Resultaría demasiado obvio?

Quizás, pero no se había vestido para seducir, sino para estar cómoda. Se había dado cuenta de que, a medida que pasaban los días, la ropa del trabajo le resultada cada vez más incómoda.

Jack consultó su reloj. Ella le había dicho que no le gustaba llegar tarde y solo faltaban dos minutos para las seis. Tenía ganas de verla. Durante toda la semana se había mantenido alejado, aunque no para satisfacerla a ella, sino porque había contratado a dos nuevos contables y además los contables de los juzgados aún seguían investigando en el despacho de Roger. La policía también había estado allí buscando alguna pista sobre su paradero, ya que se había marchado de la ciudad el mismo día en que Jack se enfrentó a él.

Cuando sonó el timbre, Jack se apresuró a la puerta, pero antes de abrir respiró profundamente; no quería parecer demasiado ansioso.

–Hola, Sharon. Llegas justo a tiempo. Pasa.

Jack se fijó en la ropa informal. Sería mejor así, porque por el momento no quería caer en la tentación.

–Parece que la cena también ha llegado –dijo al abrirse la puerta de otro ascensor y saludó con la mano a los dos hombres que empujaban un carrito.

El restaurante que había en la primera planta del edificio tenía un excelente servicio de comida a domicilio.

Sharon se apartó para que pasaran y después miró a Jack.

–Dijiste que sería una velada informal.

Él llevaba unos elegantes pantalones negros y una camisa. Si se ponía una corbata y una chaqueta estaría vestido para ir a comer a cualquier parte.

–No estaba seguro de si lo tomarías en serio, pero me alegro de que lo hayas hecho. Voy a cambiarme mientras nos sirven la cena.

Jack no tardó en volver, vestido con una sudadera y unos vaqueros. Se había puesto calcetines pero no llevaba zapatillas. Sharon estaba sentada en un sofá de piel negro.

–Todo está listo –dijo Jack cuando volvió de despedir a los camareros–. ¿Tienes hambre?

–Huele de maravilla –le aseguró.

Jack apartó una silla de la mesa para que Sharon se sentase.

–¿Qué tal te ha ido la semana? –preguntó Jack.

–Bien. La rutina de siempre, lo cual es relajante. El único problema ha sido que Andy se ha marchado temprano esta tarde.

–¿Y eso es preocupante? –preguntó él al ver que Sharon fruncía el ceño.

–En ocho años es la primera vez que lo hace. Además Alice dijo que tenía fiebre.

Hablaron detenidamente sobre la salud de Andy. Después,

Sharon le preguntó acerca de los nuevos contables con los que había comenzado a trabajar, pues ella los conocía bien.

Para entonces, había llegado el momento del postre.

–¿Postre? No, gracias, no debo. He ganado un poco de peso y tengo que tener cuidado.

–Pues lo he pedido especialmente para ti. Es tarta de fresas.

–¿Cómo lo has sabido? –le preguntó Sharon sorprendida.

–Llamé a tu madre la otra noche y planeamos la cena entre los dos.

En vez de parecer agradecida, Sharon se sentía avergonzada.

–Te has tomado demasiadas molestias, Jack. No era necesario.

–¿Por qué no? Solo he tenido que hacer unas pocas llamadas de teléfono. No me he pasado el día cocinando.

Sharon se rio.

–¿Qué ocurre? –preguntó Jack enarcando las cejas.

–Te acabo de imaginar con delantal.

Él también sonrió. Había sido una cena maravillosa y no quería que terminase. Colocó los platos para el postre sobre la mesa y retiró los de la cena.

–Estoy seguro de que no tengo tanto estilo como los dos camareros, pero es mucho más divertido sin ellos –comentó Jack.

–Sí. Creía que la cena me iba a suponer un gran esfuerzo, pero te juzgué mal, Jack. La próxima vez iremos a mi casa y yo cocinaré –dijo Sharon y se comió una fresa cubierta de nata montada.

Continuaron con su relajada conversación mientras tomaban el postre y, cuando se levantaron de la mesa para sentarse en el sofá, Sharon no pareció darle mayor importancia.

Jack puso una de las películas que había alquilado, una comedia que los hizo reír.

De vez en cuando, Jack encontraba la manera de sentarse un poco más cerca de ella. La primera vez simplemente se acercó un poco; después le ofreció algo de beber y, tras dejar los vasos sobre la mesa, Sharon tomó leche, aprovechó para sentarse más cerca aún. Ya le iba a ofrecer palomitas como la siguiente excusa cuando ella le dio una mejor empezando a temblar.

–¿Tienes frío? Traeré una manta –dijo Jack y cuando volvió se sentó a su lado–. Si no te importa la compartimos. Yo también tengo frío.

Finalmente pasó el brazo por detrás de ella y en poco

tiempo Sharon estuvo prácticamente en sus brazos. Cuando ella se reía, él la sentía, cuando la película se tornaba seria, ella se estrechaba contra él como lo había hecho en el ascensor.

Cuando aparecieron los títulos de crédito, Jack se dio cuenta de que Sharon llevaba varios minutos sin moverse, así que, con mucho cuidado, se echó hacia delante para mirarla. Estaba profundamente dormida y ni siquiera eran las nueve.

Decidió que definitivamente debería ir a ver a un médico, sobre todo cuando tuvo que agitarla para que se despertase.

Jack esperó a que Sharon lo besase hasta que estuvieron aparcados delante de la casa de ella; en su casa habría sido demasiado arriesgado teniendo una cama tan cerca y no se fiaba de sí mismo.

Había sido un beso muy satisfactorio.

El sábado por la mañana, Jack estaba despierto echado en la cama, imaginándose a Sharon allí con él. No podía pensar en una manera más perfecta para empezar el día.

Sonreía para sí mismo cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando; Sharon no iba a compartir su cama ocasionalmente, trabajase para él o no. Estaba seguro de ello.

Lo que significaba que tenía que empezar a pensar en la

posibilidad del matrimonio y le sorprendió descubrir que lo que sentía al respecto era lo mismo que cuando se la imaginaba junto a él en la cama.

No sentía miedo ni desgana ante la idea de estar comprometido con una mujer. Y era porque Sharon era una bella mujer tanto por fuera como por dentro. Era trabajadora, siempre estaba allí para los demás y siempre veía lo mejor de las personas.

¿Lo traicionaría?

Jack no lo creía, al igual que no traicionaría a sus hermanos y hermanas; se había sacrificado y trabajado duro para darles una educación.

Cruzó las manos por detrás de la cabeza y sonrió. Sería maravilloso estar casado con Sharon. No podía esperar.

El lunes por la mañana Sharon no estaba tan segura de que su plan funcionaría como había pensado la semana anterior. El viernes por la noche había sido maravilloso y Jack la había llamado el sábado por la mañana.

Cuando oyó su voz, el corazón de Sharon se aceleró. Él quería verla para pasar más tiempo juntos, y aunque le habría gustado decirle que sí, no podía. Era demasiado duro saber que

no había posibilidad de un futuro juntos.

Y, sin embargo, estaba emocionada por la posibilidad de verlo ese mismo día.

De camino a la oficina pasó por la obra; no iba a cambiar su rutina por su necesidad de verlo. Aquello sería una señal de debilidad.

Estaba terminando de hablar con Pete cuando sonó su teléfono móvil. No solía utilizarlo a no ser que fuese una emergencia y se sintió preocupada.

–Discúlpame, Pete –le dijo al capataz–. Solo será un momento –añadió y se alejó un poco para contestar la llamada.

–Sharon.

–Hola, mamá. ¿Qué ocurre? –preguntó sin dudar que algo iba mal. Su madre nunca la llamaría al trabajo por algo sin importancia.

–Se trata de Evie. Anoche se fugó.

Evie era la hermana pequeña de Sharon. Aquel otoño había comenzado su primer año en la universidad.

–¿Con... con quién se ha casado?

–Con ese canalla, Harry Irving. ¿Lo recuerdas? Lo conociste aquí en casa.

–Sí –contestó Sharon. Era un canalla; no trataba bien a Evie

y Sharon sospechaba que ella compartía el poco dinero que tenía con él–. Lo siento, mamá.

–Hay algo más.

–¿El qué?

–Ha dejado la universidad y no tiene intención de volver.

Sharon se quedó helada. Había soñado con darles una educación universitaria a todos sus hermanos, y casi lo había conseguido. Parpadeó varias veces, intentando contener las lágrimas.

Estaba siendo ridícula. Evie había escogido su futuro y Sharon no tenía derecho a elegir por ella. Se despidió de su madre y guardó el teléfono.

En vez de volver con Pete, se quedó un momento donde estaba; se tapó la cara con las manos e intentó recobrar la compostura.

Cuando unas manos se posaron sobre sus hombros y la giraron para apoyarla contra un pecho fuerte, no tuvo que preguntar quién era. Sabía que los fuertes brazos que la sujetaban pertenecían a Jack Waterton.

–¿Qué ocurre, cielo? –susurró Jack. Su corazón latía con rapidez.

En cuanto llegó, Pete le había señalado el lugar donde estaba ella y no había tenido ojos para nada más. Y cuando vio

que ella se cubría la cara supo que algo iba mal. Nada habría evitado que fuese a su lado.

–No es nada –contestó ella levantando la cabeza e intentando sonreír.

–Dímelo de todas formas.

–Mi hermana Evie se ha fugado y ha dejado la universidad. Yo había soñado con que todos terminasen la universidad pero...

–Tu madre y tú le distéis la oportunidad. No es culpa vuestra.

–Lo sé, pero...

Para sorpresa y agrado suyo, Sharon apoyó de nuevo la cara contra su pecho, y él apoyó la barbilla en su cabeza. Entonces ella se apartó de él. Sus mejillas estaban coloradas.

–Lo siento. No debería haberte avergonzado de esa manera. Debes de estar harto de tener que consolarme –dijo y se rio.

Jack quería abrazarla y besarla.

–Debo marcharme. Aún no he pasado por la oficina –añadió ella.

Y antes de que él pudiese decir nada, Sharon se apartó y se marchó apresuradamente.

–¿Le ocurre algo? –le preguntó Pete.

–Ya se le pasará. Le acaban de dar malas noticias.

–¿Sobre el trabajo?

–No. Era personal.

–Me figuro que os sentís muy unidos –dijo Pete sin mirarlo.

Jack no contestó inmediatamente. Se estaba dando cuenta de que el acuerdo con Sharon no iba a funcionar. Él no podía continuar reprimiéndose.

–Nos vamos a casar –dijo Jack con firmeza mirando en la dirección en que se había marchado Sharon.

Capítulo Once

Acababa de demostrar que no podía manejar la situación. Tenía que hablar con Kane y decirle que no podía hacer el trabajo. Todos sus planes se acababan de esfumar.

Peor aún era que su corazón estaba perdiendo la batalla y no podía arriesgarse tanto. Jack era encantador y cariñoso y... y podría continuar así eternamente. Pero Jack era un cliente, y aquello no era apropiado.

Cuando llegó a la oficina, lo primero que hizo fue preguntarle a Alice qué tal estaba Andy.

Después, apesadumbrada, se dirigió al despacho de Andy.

–He oído que ya estás bien. ¿Es cierto?

–Por supuesto. He descansado todo el fin de semana y me he tomado las medicinas, por si acaso. Pero no estaba enfermo –dijo Andy sonriendo de nuevo. Aunque no por mucho tiempo.

–Me alegro, porque hay un pequeño problema con el proyecto Waterton y necesito hablar con Kane y contigo.

–¿Qué ocurre?

–Me gustaría hablar con los dos a la vez. Le pediré una cita a Maggie.

Cuando Sharon le dijo a Maggie que había un problema con el proyecto Waterton, y esta a su vez habló con Kane, los hizo subir inmediatamente. Sharon se alegró, quería acabar con aquella farsa cuanto antes.

Cuando llegaron a su despacho, Kane los recibió con una sonrisa.

–Pasad. Me alegro de que podamos vernos antes de que llegue Jack.

–¿Ha... ha llamado?

–Hace un par de minutos. Le he dicho que venga dentro de media hora. Espero que sea suficiente.

–Sí, supongo que sí –dijo Sharon suspirando.

–Andy, ¿empiezas tú? Espero que no sea nada grave.

–No lo sé. Sharon quería hablar con los dos a la vez.

–¿Sharon? –preguntó Kane enarcando las cejas.

–No puedo seguir trabajando en el proyecto del señor Waterton –dijo Sharon y apretó las manos mientras esperaba la reacción.

Andy la miró boquiabierto, incapaz de hablar.

Kane también pareció sorprendido, pero enseguida recobró la compostura.

–¿Cuáles son tus razones?

–Tengo varias. Cuando nos quedamos atrapados en el ascensor, intimamos, y ha sido difícil mantener las distancias entre nosotros. Últimamente... es mejor que no trabajemos juntos.

–No sería la primera vez que dos amigos trabajan juntos. Con la supervisión de Andy no creo que suponga ningún problema. ¿Cómo se siente Jack al respecto?

Sharon miró a Kane fijamente. No estaba disgustado.

–No lo sé –contestó.

Sharon pensó con rapidez. Solo había una cosa más que pudiese decirles, y de todos modos lo sabrían en poco tiempo.

–Hay otra cosa. Estoy embarazada. Me resulta difícil mantener el ritmo de trabajo ya que me siento un poco débil. No quiero ser injusta con el señor Waterton cuando hay muchos más empleados competentes.

–¿Estás bien, Sharon? –le preguntó Andy frunciendo el ceño–. No sabía que estuvieses saliendo con alguien. ¿Te vas a casar?

–No. Si crees necesario retirarme el ascenso y el aumento de sueldo, lo entenderé perfectamente.

–No, claro que no. Eres demasiado valiosa en nuestro departamento.

Sharon suspiró aliviada y miró a Kane. La estaba mirando

fijamente y su cara se había quedado completamente blanca.

–¿Por qué no te vas a casar con el padre?

Sharon lo miró de hito en hito, sorprendida por la pregunta.

–¿Disculpa?

–Sé que es algo personal, pero, ¿sabes quién es el padre?

–Sí –contestó ella. Respiró profundamente intentando mantener la calma.

–¿Fuiste a un banco de esperma?

¿Por qué estaba Kane haciéndole unas preguntas tan extrañas?

–No. Y si aún necesitas a alguien para el comité del jardín de infancia, estaré encantada de formar parte de él ya que todos sabemos que tengo un interés personal en ello.

–Eso no importa. ¿Cuándo nacerá tú bebé? –preguntó Kane.

–Dentro de siete meses, más o menos.

Kane se levantó apresuradamente y comenzó a pasear por el despacho.

Sharon miró a Andy preguntándose qué estaba pasando. Andy estaba tan aturdido como ella.

–Kane. ¿Estás bien? –preguntó Andy finalmente.

–Sí, pero necesito hablar con Sharon a solas –dijo mirándolos a los dos.

–De acuerdo –concedió Andy–, si a Sharon no le importa. ¿Tienes algún problema con que Sharon mantenga el ascenso y el aumento de sueldo?

–No, ninguno. Está bien así, ¿verdad, Sharon? –preguntó Kane. Parecía ansioso por que ella estuviese de acuerdo.

–Por supuesto –contestó Sharon. Si ese no era el problema, ¿de qué querría hablar con ella?

–De acuerdo. Os veré dentro de unos minutos –dijo Andy y salió del despacho cerrando la puerta tras de sí.

Kane comenzó a dar vueltas otra vez.

–Kane, ¿qué ocurre?

–Tengo que volver a preguntarte si fuiste a un banco de esperma. Y quiero que seas sincera conmigo.

Sharon no entendía lo que estaba pasando, pero no tenía ningún problema en decir la verdad.

–No. Estoy segura de que no fui a un banco de esperma. Nunca he estado en uno. Este embarazo no estaba planeado, pero me siento muy contenta con el bebé.

–Entonces, ¿por qué no se lo dices al padre?

Sharon se humedeció los labios.

–Porque no sacaría nada en claro haciéndolo. Yo puedo cuidar de mi bebé.

–¿Estás segura?

–Sí.

Kane se sentó de nuevo.

–¿A quién recomiendas para sustituirte en el proyecto? Supongo que no tendrás ningún problema en dar consejo a la persona que sea.

–Sí, claro. Creo que Will Janklow es la persona adecuada.

–De acuerdo –concedió Kane.

Sharon se preguntó si Kane la había escuchado. Seguía actuando de forma extraña.

–¿Le dirás a Andy lo que hemos acordado? –le preguntó Kane y Sharon asintió–. Bien. Bien.

–¿Se lo dirás tú a Jack? ¿Al señor Waterton? –preguntó ella después de un corto silencio.

–Sí, claro. En cuanto llegue.

–Gracias, Kane. Siento de nuevo tener que salir del proyecto.

–No te preocupes. Cuídate, tú y el bebé.

–Por supuesto.

Sharon se puso de pie y salió del despacho antes de que

Kane pudiese hacerle más preguntas extrañas.

Jack se había quedado en la obra, intentando concentrarse en el trabajo, pero sabía que solo estaba haciendo tiempo hasta que Kane pudiese recibirlo. Había decidido hablar primero con él; después, cuando se lo explicase a Sharon, podría asegurarle que no la despedirían. Aunque también podía ofrecerle una alternativa.

Mientras Jack saludaba a Maggie, la puerta del despacho de Kane se abrió. Se dieron la mano y Kane lo invitó a pasar, pero no estaba sonriendo como de costumbre.

–¿Va todo bien? –preguntó Jack mientras se sentaba.

–Sí, claro –dijo Kane sentándose a su vez–. Bueno, quizás... no lo sé.

Jack se sorprendió al ver el estado de confusión de Kane.

–¿Puedo ayudar en algo?

–Tengo que hablar contigo acerca de Sharon.

Jack no sabía qué decir. Aquellas eran sus palabras.

–Ya, pues yo también. Es muy buena en su trabajo, pero quiero que la retiren de mi proyecto.

–¿Cómo? ¿Por qué? Acabas de decir que es buena.

Aquella era la explicación que Jack estaba temiendo. No le gustaba mezclar el placer con los negocios, pero tenía que hacerlo si quería que los planes que tenía para el futuro saliesen bien.

–Ya sabes que estuvimos juntos en el ascensor. Pues nuestra amistad ha ido más allá de lo puramente profesional.

Kane lo miró fijamente enarcando una ceja.

–Y no estoy dispuesto a sacrificar eso –continuó Jack–. Así que creo que lo mejor será que no trabajemos juntos. Estoy seguro de que podrás asignar a otra persona.

–Por supuesto. De hecho, ya lo hemos escogido.

–Un momento –dijo Jack frunciendo el ceño–. ¿Ya has sustituido a Sharon? ¿No la habrás despedido? –preguntó. Si lo habían hecho, se arrepentirían de ello.

–No, claro que no. Me lo ha pedido ella misma esta mañana.

Jack no podía creer que Sharon hubiese tenido los mismos planes que él para el futuro.

–¿Por qué?

–Creo que deberías saber la razón, si es que tienes planes para el futuro con ella –dijo Kane y volvió a ponerse de pie.

–¿Qué ocurre? –preguntó Jack, ansioso por saber qué estaba pasando.

–La verdad es que no debería contártelo, pero ella no ha dicho que no lo haga. Además, dentro de poco lo sabrá todo el mundo.

–¿De qué estás hablando, Kane? –preguntó Jack impaciente.

–Está embarazada, y creo que el bebé es mío –explicó Kane sin más dilación.

Jack lo miró atónito.

–¿Has tenido una aventura con Sharon? –le preguntó finalmente, sintiéndose dolorido.

–¡No! –exclamó Kane–. Yo no haría eso. Es mi empleada.

–Entonces, ¿por qué piensas que eres el padre?

–Es una larga historia, pero hice una donación de esperma y por error se lo dieron a alguna empleada de esta empresa.

–¿Se lo has preguntado a ella?

–Sí. Y me lo ha negado dos veces, pero todo encaja.

Jack se quedó con la mirada perdida en el vacío, y aunque no se había esperado aquello, no tenía ninguna intención de abandonar sus planes. Sharon era demasiado importante para él.

Cuando estuvieron en el ascensor, ella le había dicho que no había ningún hombre en su vida. De otra manera él no habría... Jack se quedó helado y miró a Kane fijamente.

–¿De cuántos meses está embarazada? –exigió saber Jack.

–Dice que de unos dos meses. Verás, cuando pasó...

Jack se puso de pie y se acercó a Kane con los puños cerrados.

–¡No es tu hijo! –gritó Jack–. ¡Es mío!

–¿Qué? ¿Tienes una aventura con Sharon? –preguntó Kane.

–No. Pienso casarme con ella.

A Jack le gustaba decir aquello. Cuanto más lo decía, más lo creía.

–Pero, ¿cómo va a ser tuyo si vosotros no habéis... ya sabes a qué me refiero.

Jack se sonrojó.

–Ocurrió en el ascensor.

A Kane le llevó unos minutos asimilar lo que Jack le acababa de decir.

–¿Bromeas?

–No.

–¿Y os habéis estado viendo desde entonces?

Jack negó con la cabeza.

–No había vuelto a verla hasta que nos vimos en tu despacho. Pero no importa, vamos a casarnos.

–Bien –dijo Kane–. Tu hijo debe llevar tú apellido.

–¿Te ha dicho qué piensa hacer? –le preguntó Jack.

–Cuando le pregunté quién era el padre, no quiso decirlo –dijo Kane sentándose de nuevo–. Le pregunté si pensaba decírselo y me dijo que no, que no cambiaría nada.

Jack sintió un escalofrío. No tenía intención de decírselo. Entonces, ¿qué pretendía hacer? ¿Desaparecer?

De repente, Jack se puso de pie.

–Tengo que encontrarla.

–Espera, ¿qué vas a hacer?

–Ya te lo he dicho. Voy a casarme con ella.

–Pero no podrás hacerlo hoy.

–No, pero aclararemos los malentendidos –dijo y salió del despacho. No tenía intención de hablar de sus planes con Kane. Quería hablar con Sharon.

Sharon se sentía desdichada.

No volvería a ver a Jack, excepto quizás para explicarle por qué había roto el acuerdo que tenían y le sabía mal romper su palabra.

Sentía que su cuerpo no soportaba la tensión y su corazón

no soportaba el dolor.

Había llamado a su madre para hablar de Evie, y ella, al igual que Jack, le había dicho que Evie había hecho su propia elección, aunque ellas no estuviesen de acuerdo. Y si Harry la fallaba, Evie aprendería una lección.

Tuvo que terminar la conversación al acercarse alguien a su mesa para hacerle una pregunta. Después intentó concentrarse en su trabajo, pero le resultó prácticamente imposible.

Oyó que alguien se acercaba corriendo por el pasillo y miró en aquella dirección. Fuese quien fuese, ¿por qué corría? Nadie lo hacía nunca en la empresa.

Pero Jack Waterton no seguía las normas y ella lo sabía. Él se detuvo delante de su mesa.

–Tenemos que hablar –dijo él con la voz ronca por la emoción. Sharon lo miró fijamente.

–Sé que he roto nuestro acuerdo, Jack, pero después de esta mañana me he dado cuenta de que no tienes por qué preocuparte de mis problemas en tu trabajo. Es mejor así.

Sharon había practicado aquellas palabras en su cabeza, pero era distinto decirlas en voz alta mientras Jack la miraba.

–Estoy de acuerdo.

Aquella breve respuesta la sorprendió y se removió

nerviosa en la silla. Algo estaba pasando.

–Bien. Entonces no tenemos nada de qué hablar. Me encargaré de poner al día a mi sustituto y...

Jack puso las manos sobre la mesa de golpe.

–¿Cuándo pensabas decírmelo?

–Kane dijo que te lo diría él –contestó Sharon. Empezó a temblar por dentro porque sabía que algo andaba mal.

–Pues debería haber salido de ti.

–Tenía que aclarar las cosas con Kane primero. Es su empresa, Jack.

–Esto no tiene nada que ver con él y tú lo sabes –rugió con frustración.

Sharon vio que Andy salía de su despacho. Le vendría bien su apoyo.

–Hola, Jack. ¿Va todo bien? –le preguntó Andy tranquilamente.

–No te metas en esto, Andy. No tiene nada que ver contigo.

Sharon se quedó atónita. Nadie hablaba de aquella manera a Andy.

–Pues ahora estás en mi departamento, hablando con una de mis empleadas. Creo que todos estarán de acuerdo en que

sí tiene que ver conmigo.

–Díselo tú, Sharon –le ordenó Jack–. Dile que no es asunto suyo.

–No te preocupes por mi sustituto, Jack. No tendrás ninguna queja al respecto –dijo Sharon con seriedad.

–¡Maldita sea! No estoy hablando de la contabilidad. Estoy hablando de ti y de mi hijo. Dile que vas a tener a mi hijo.

Sharon pensó que no tendría que anunciarlo. Jack se acababa de encargar de que se enterase todo el edificio.

Respiró profundamente, se puso de pie y recogió su monedero.

–No, Jack. No le puedo decir eso porque no voy a tener a tu hijo –contestó y se marchó de la oficina dejando a Jack atónito.

Capítulo Doce

Sharon estaba echada en la cama.

Se había marchado a casa después de que el desayuno le sentara mal; lo que había ocurrido la había dejado sin fuerzas.

Cuando llegó, descolgó el teléfono, se puso ropa cómoda y se metió en la cama.

Aunque había dejado de temblar, no podía descansar. Le había mentido a Jack. Hubo un tiempo en que se había dicho a sí misma que el bebé era suyo y de nadie más. Lo sentía así y no quería involucrar a Jack en su vida ni en la de su hijo.

¿Qué sentido tenía? Si él se casaba con ella porque estaba embarazada, se acabaría marchando. En la teoría era lo correcto casarse por el bien del hijo, pero en la práctica no había nada que mantuviese a dos personas juntas.

Y ella no quería ese tipo de matrimonio.

Pero tendría que decirle a Jack que le había mentido. Tendría que sincerarse con él. Y no tenía ninguna gana de hacerlo porque probablemente él estaría furioso.

De repente oyó golpes en la puerta. No hacía falta preguntar quién era.

Quizás, si no hacía ruido, se marcharía, pero cuando él

siguió golpeando la puerta se dio por vencida.

Se bajó de la cama y se dirigió a la puerta, apoyándose contra la pared. Estaba temblando de nuevo.

–Jack –llamó ella, esperando que dejase de dar golpes.

–¡Sharon! Abre la puerta. Tenemos que hablar.

–Jack, lo siento. Te mentí, pero hoy no puedo soportar más.

Hubo un momento de silencio. Cuando Jack volvió a hablar ya no gritaba.

–¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

–Sí.

–¿Has llamado al médico?

–Es por el embarazo, pero no me encuentro bien y estoy preocupada... no es bueno para el bebé.

–Déjame entrar.

Sharon se pasó la mano por la frente. ¿Qué podía hacer? No se sentía con fuerzas para enfrentarse a él, así que abrió la puerta.

Jack estaba de pie en el porche mirándola.

–Tienes mal aspecto.

Sharon se llevó la mano a la boca, el dolor la invadía. A él ya no le parecía atractiva.

Con lágrimas en los ojos, se dio la vuelta y se dirigió a su habitación.

–¿Tu madre está trabajando? –le preguntó.

Ella lo ignoró y continuó andando por el pasillo, pero antes de que pudiese llegar a la cama él se adelantó y entró en la habitación.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó, casi sin fuerzas.

–Preparar tu maleta. Vas a ir al hospital.

–¡No! Estaré bien, solo necesito descansar –replicó ella y se dejó caer en la cama. La cabeza le daba vueltas.

Cuando terminó de preparar la maleta, Jack la recogió con una mano y con la otra sujetó a Sharon.

–Vamos, cielo.

–Solo quiero descansar. Estaré bien.

–Claro que sí, porque yo voy a ocuparme de ello. Iremos a urgencias a ver qué dicen. Después te llevaré a casa.

–Jack, por favor, déjame descansar –suplicó ella.

Ya habían llegado a la puerta y Jack le pidió que esperase allí mientras él metía la maleta en el coche. Después, abrió la puerta del coche y volvió corriendo por ella.

–¿Quién es tu médico? –le preguntó Jack una vez dentro del coche.

Sharon se lo dijo y él llamó por el teléfono móvil mientras conducía.

–No, no quiero que me llame la doctora Norman. Estoy en el coche con mi... con Sharon Davies y vamos de camino al hospital. Ha estado vomitando, está pálida y tiene escalofríos. Necesita que la vea un médico, así que, por favor, dígale a la doctora que estaremos en la sala de urgencias dentro de diez minutos y que la esperamos allí.

Sharon abrió los ojos de par en par. Ella nunca se habría atrevido a hablarle así a un médico, o a una enfermera.

–Es normal vomitar cuando estás embarazada –susurró Sharon–. No es nada grave.

–Pero has estado bajo mucha tensión y eso no puede ser bueno para el bebé –replicó él.

Sharon puso la mano sobre su vientre.

–Intenté mantener la calma.

–No es culpa tuya, cielo. Si alguien tiene la culpa, ese soy yo. No se me ocurrió que después de lo que pasó en el ascensor... me pareció tan mágico que a veces me preguntaba si no me lo habría imaginado.

Sharon cerró los ojos y se recostó en el asiento. No quería hablar de aquellas horas en el ascensor.

–¿Por qué no me lo dijiste? Sabes que me ocuparé de ti y

del bebé –dijo dolorido.

–No quiero un padre por obligación. No duraría y tanto el bebé como yo sufriríamos. Ahora tengo un buen sueldo. Nos las arreglaremos.

Cuando llegaron al aparcamiento de urgencias, Jack se bajó del coche y antes de que ella se pusiese en pie la tomó en brazos.

–Jack, puedo andar –protestó Sharon, aunque le rodeó el cuello con los brazos.

A medida que se acercaban a la entrada, un enfermero salió con una silla de ruedas.

–Buenos días. Puede sentarla aquí –dijo señalando la silla y se dirigieron a la mesa de admisiones.

–¿Cómo se llama? –le preguntó una enfermera.

–Sharon Davies.

–¿Tiene la tarjeta del seguro?

–¿Recogiste mi monedero? –le preguntó Sharon a Jack.

–No. No pensé en ello –contestó él frunciendo el ceño.

–No la tengo. Mire, en realidad no necesito...

–Yo conseguiré la información –espetó Jack–. ¿Dónde hay un teléfono?

La enfermera suspiró y le acercó el teléfono que había en

el mostrador.

–Puede utilizar este mientras llevamos a su esposa a la sala de reconocimiento.

Justo cuando terminaba de hablar con Andy, volvió la enfermera.

–¿Dónde está?

–En la cama número cinco. Pero no la ponga nerviosa, tiene que estar tranquila.

–De acuerdo. Dentro de unos cinco minutos vendrá un hombre en silla de ruedas con los datos del seguro. Dígale dónde estamos.

–Señor Davies, no podemos dejar a cualquier persona entrar en las salas de urgencias, a no ser que sea un familiar. ¿Es su padre?

–No, pero es lo más parecido que tiene a un padre. Y tiene un efecto muy tranquilizador sobre ella. Déjelo pasar.

–Bueno, yo sé cómo hacer mi trabajo, señor Davies. Mientras tanto, vaya a ver a su esposa.

Jack abrió la boca para decir algo, pero se detuvo a tiempo. Si le decía quién era, se daría cuenta de que no era su esposo y le haría esperar fuera.

Cuando encontró la cama, se acercó a ella y la besó.

–Me has asustado –dijo Jack mientras le apartaba un

mechón de pelo de la cara.

–No quería hacerlo. Jack, tenemos que hablar. Agradezco tu preocupación y...

Él la interrumpió con otro beso.

–La enfermera me ha dicho que no te ponga nerviosa o me haría esperar fuera. Ya tendremos tiempo para hablar, ahora tienes que descansar.

–¿Conseguiste los datos del seguro? –le preguntó ella.

–Andy estará aquí enseguida con ellos.

–Pero él no debería...

–Descansa –le ordenó después de volver a besarla.

–Hola, Sharon –dijo la doctora, que acababa de llegar–. ¿Cómo estás?

–Doctora Norman. Lo siento, yo...

La doctora la hizo callar y le tomó el pulso. Después la auscultó.

–Creo que todo está bien salvo que estás un poco deshidratada y nerviosa. Te voy a poner suero intravenoso y te haré una ecografía, si no te importa. No sé si el seguro lo cubrirá todo, pero así nos aseguraremos de que todo está bien.

–Sí, por favor –dijo Jack inmediatamente sin consultar a Sharon.

La doctora se dio la vuelta y lo miró.

–¿Y tú quién eres?

–Soy Jack. El padre del niño.

–Bien. Ya veo que has decidido contárselo. Por ahora lo que tienes que hacer es no disgustarla.

–Me estoy ocupando de ella, doctora. Y seguiré haciéndolo en el futuro.

–¿Su esposa no interferirá?

Jack la miró fijamente.

–No tengo esposa, aún. Me casaré con Sharon en cuanto pueda arreglar los papeles.

–Me parece bien –dijo la doctora.

Sharon los miró a los dos. Ambos sonreían y ella cerró los ojos.

Cuando empezaron a preparar a Sharon para la ecografía, Jack decidió que él también quería ver a su hijo.

–Jack –le dijo la doctora–, si quieres ver al bebé será mejor que te coloques al otro lado de la cama, junto a la cabeza de Sharon.

Él hizo lo que le decía y tomó la mano de Sharon, llevándosela primero a los labios y después sujetándola contra su pecho.

Cuando apareció una imagen borrosa en la pantalla, le temblaron las rodillas.

–Sharon –susurró agachándose–. ¿Lo ves, cielo? ¿Ves a nuestro bebé?

–Sí –contestó ella apretándole la mano.

–Bien –dijo la doctora–. No tienes nada de qué preocuparte, jovencita, pero quiero que descanses unos días y que no vayas a trabajar. Ven a verme la semana que viene y veremos si puedes volver a la rutina.

–Gracias, doctora –dijo Sharon.

Jack salió de detrás de las cortinas con la doctora y vio a Andy.

–Está aquí dentro –le dijo después de saludarlo–. Deja que vea si la han arropado.

Después de preguntarle a Sharon si estaba lista para ver a Andy, descorrió las cortinas para que este pudiese acercar la silla de ruedas.

–Andy, deberías haber mandado a alguien –le dijo Sharon.

–No te preocupes. Tomé un taxi –dijo él sonriendo–. Además, si no hubiese venido habría estado preocupado. ¿Qué te ha dicho la doctora?

–Me va a poner suero porque estoy un poco deshidratada, pero después me puedo marchar a casa, ¿verdad, Jack?

–Así es, cielo –concedió él. No iba a discutir sobre a qué casa la iba a llevar.

Cuando se acabó el suero, Sharon abrió los ojos lentamente mientras la enfermera le retiraba la aguja.

–¿Me puedo marchar ya? –preguntó adormilada.

–Sí. Tu marido está aquí para llevarte –dijo la enfermera sonriendo.

Sharon levantó la vista y vio a Jack detrás de la enfermera.

Cuando estuvo lista, la tomó en brazos y ella se abrazó a él. Sabía que no debía hacerlo, pero resultaba reconfortante. Después, Jack la sentó en la silla de ruedas.

–Debería dormirse en cuanto se meta en la cama. La despierta para la cena y después otra vez a la cama, ¿de acuerdo?

–Sí. Gracias.

No parecía muy emocionante, pero a Sharon le agradaba aquella rutina. Como su madre aún tardaría unas horas en volver del trabajo le dejaría una nota.

El viaje en el coche fue tranquilo y Sharon ni siquiera lo recordaba. Cuando se quiso dar cuenta, Jack la estaba metiendo en la cama.

–No te vayas –le pidió, despertándose con su propia voz–. No me refería a eso. Yo... gracias por cuidar de mí.

–Ha sido un placer, pero no me marcho –contestó él y la tapó con la colcha–. Ya está, cielo. Ahora duerme.

Suspirando, Sharon cerró los ojos. Estaba prácticamente dormida cuando Jack la besó.

Al despertarse se encontraba mucho mejor y reconoció la voz de Jack en cuanto la oyó.

–Jack. ¿Aún estás aquí?

–Sí –dijo él apareciendo enseguida–. ¿Por qué iba a marcharme?

–Tendrás que volver a casa, o hacer algo.

–Estoy en casa.

Sharon se quedó callada. Cuando estuvo allí el viernes anterior, no vio la habitación de Jack, pero era obvio que no era la habitación de ella.

–¿Por qué me has traído aquí? –le preguntó.

–Para cuidarte. He preparado la cena, ¿quieres tomarla aquí o prefieres sentarte a la mesa?

–Cenaré en la mesa y después me marcharé a casa. Lo siento, no pretendía que te tomases tantas molestias. Debería llamar a mi madre –añadió mirando su reloj–, debe de estar preocupada.

–Ya he hablado yo con ella –dijo Jack.

–¿De verdad? ¿Qué te ha dicho?

–Se ofreció a venir, pero le dije que no era necesario.

–Claro que no. Me marcharé ahora mientras es de día.

–No. Primero vas a comer, y si te marchas, yo te llevaré.

–¿A qué te refieres con eso? Claro que me voy a marchar.

Jack se acercó al armario y sacó una bata.

–Toma, ponte esto para que no pases frío.

Sharon se miró y vio las aberturas del pijama del hospital.

–Gracias.

Antes de que pudiese seguir discutiendo, Jack la llevó a la mesa y le sirvió la comida. Tenía hambre, así que empezó a comer.

La cena discurrió en silencio. Ella lo observaba y se preguntaba en qué estaría pensando. Se había portado de maravilla con ella pero tenían que hablar del futuro y Sharon se figuró que tendría que prometerle que le dejaría ver a su hijo, aunque le rompiese el corazón cada vez que lo hiciese.

–Podrás ir a ver a nuestro hijo –dijo ella dejando el tenedor en el plato.

–Mejor para mí –dijo él sonriendo.

–Si no quieres hacerlo, no pasa nada.

–Termínate la cena.

–Iré a cambiarme para que me lleves a casa –dijo Sharon cuando terminó de cenar.

–Antes, quiero hablar contigo –dijo él con tranquilidad.

Sharon respiró profundamente. Antes o después tenía que ocurrir.

–De acuerdo.

–Quiero casarme contigo.

Sharon iba a decirle que no hacía falta, pero él levantó la mano y la detuvo.

–Me toca hablar a mí. En cuanto termine podrás decir lo que quieras –le dijo y ella asintió–. Quiero casarme contigo porque te amo como nunca he amado a nadie. Quiero despertarme contigo a mi lado, quiero cuidar de ti y de nuestro hijo. Quiero que caminemos juntos por la vida.

Sharon lo miró en silencio por un momento.

–Eso ha sido muy bonito y siempre lo recordaré. Pero los dos sabemos que lo haces por el bebé. Yo no quiero atraparte con el matrimonio como ya te sucedió una vez. Como ya te he dicho, si quieres puedes ver al bebé –añadió–, pero no hace falta. Yo cuidaré bien de ella.

–Él –corrigió Jack–. Estoy seguro de que es un niño.

–¿De verdad? Es demasiado pronto para saberlo.

Jack sonrió y Sharon deseó besar aquella sonrisa.

–Lo sé.

–No puedes saberlo.

–Ya veremos dentro de siete meses.

Sharon parpadeó para contener las lágrimas.

–Jack, déjalo ya. No tienes que continuar con la farsa.

–No es una farsa. Espera un momento –dijo. Se levantó y se acercó a la mesita de café, de donde tomó una hoja de papel doblada–. Aquí tienes nuestro acuerdo prenupcial.

Ella lo miró, incapaz ya de seguir conteniendo las lágrimas.

–No llores, cariño –dijo él arrodillándose junto a ella–. Déjame que te explique. Cuando te cases conmigo, no obtendrás una buena familia a cambio. Lo único que me importa es mi empresa, la saqué adelante yo solo y estoy orgulloso de ello.

Sharon asintió aún llorando.

–Pero mi empresa –continuó él mostrándole el papel–, no significa nada para mí en comparación contigo y nuestro hijo. Aquí dice que si te abandono, si te engaño de cualquier manera, tú te quedas con la empresa.

–No quiero tú empresa –dijo ella apartando el papel.

–Ahí es a donde quiero llegar, Sharon. Yo tampoco la quiero si no os puedo tener a vosotros.

Jack se puso en pie y la estrechó contra él.

–¿Estás seguro? –le preguntó Sharon.

–Sí, estoy seguro. ¿Te casarás conmigo?

–Sí –susurró ella antes de besarlo.

Una semana más tarde, Sharon volvió al trabajo; se sentía relajada y feliz. La boda se celebraría dos semanas más tarde.

No podía creer cómo había cambiado su vida.

–Buenos días, cielo –dijo Jack, como si ella no estuviese aún viviendo en su apartamento. Como si no se hubiesen despertado juntos aquella mañana.

–Hola, Jack. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Quiero que vengas conmigo –contestó él. Tenía una mano tras la espalda.

–¿Adónde vamos? ¿Me llevo el monedero?

–No.

Jack la llevó al pasillo y pulsó el botón para llamar a los ascensores. Las puertas de uno de ellos se abrieron, pero Jack no la dejó entrar.

–Ese no.

Cuando las puertas de *su* ascensor se abrieron, Jack tiró de

ella y la llevó dentro.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Sharon, pero él no contestó, si no que observó las luces en el panel y de repente pulsó el botón de emergencia para detener el ascensor–. ¡Jack!

–Tranquila, Sharon. Enseguida lo ponemos en marcha.

Entonces sacó la mano que tenía tras la espalda en la que sujetaba una rosa roja y una caja con un anillo.

–Creo que va siendo hora de que sustituyamos los viejos recuerdos por unos nuevos –le explicó y se apoyó en el suelo con una rodilla–. Sharon Davies, ¿te casarás conmigo, serás mi esposa el resto de mi vida y me amarás y nunca me dejarás?

–Sí, lo haré, siempre y cuando tú me prometas lo mismo –dijo ella suavemente.

–¡Hecho! –exclamó él y se puso de pie.

Abrió la caja, sacó un precioso anillo de diamantes y se lo puso en el dedo.

–Ahora ya es oficial –le susurró y besó el dedo de Sharon–. Eres mi novia del ascensor.

–Te amo, Jack.

Fin

Para más libros visita: http://novelaromanticas.blogspot.com.ar/